

Compañeros maravillosos

**La vida comunitaria
entre los Pequeños Hermanos de María**

**Hermano Seán D. Sammon, FMS
Superior General**

**Instituto de los Hermanos Maristas
Volume XXXI, n.º 2
25 de marzo de 2005**

Seán D. Sammon SG
*Compañeros maravillosos. La vida comunitaria
entre los Pequeños Hermanos de María*
Circulares del Superior General de los Hermanos Maristas
Volumen XXXII – n° 2
25 de marzo de 2005

Título del original inglés:

Marvelous Companions. Community life among Marcellin's
Little Brothers of Mary

Traducción:

Hno. Carlos Martín Hinojar, FMS

Editor:

Instituto de los Hermanos Maristas
Casa General
Roma, ITALIA

Redacción y Administración:

Hermanos Maristas
Piazzale Marcellino Champagnat, 2
00144 Roma, ITALIA
Tel. (39) 06 545171
Fax. (39) 06 54517217
publica@fms.it
www.champagnat.org

Maquetación y Fitolitos:

TIPOCROM S.R.L.
Via G.G. Arrivabene, 24
00159 Roma, ITALIA

Imprime:

C.S.C. GRAFICA, S.R.L.
Via G.G. Arrivabene, 24
00159 Roma, ITALIA

Fotografía:

Onorino Rota, FMS

CONTENIDOS

<i>Amor</i>	4
Introducción	5
Parte I	
Constituciones y Estatutos	17
Parte II	
Las comunidades religiosas como grupos	41
Parte III	
Retos concretos	53
Notas finales	81
Reconocimiento	83

HIJOS DE UN TIEMPO NUEVO

X

Amor: una cesta de pan
para comer
durante años;
buenas hogazas, fragantes y calientes,
multiplicadas milagrosamente:
la cesta nunca se vacía,
el pan no se endurece.

Catherine de Vinck, 1974¹

INTRODUCCIÓN

*25 de marzo de 2005
Fiesta de la Anunciación*

Queridos Hermanos:

Hace alrededor de año y medio, recibisteis un ejemplar de la circular titulada *Una revolución del corazón*. Desde aquel momento han sido numerosos los que se han puesto en contacto conmigo para compartir sus impresiones sobre lo leído, al igual que el fruto de vuestra oración, reflexiones y contrastes tenidos con otros. Doy las gracias a todos los que respondieron con una palabra de gratitud, con un punto de vista alternativo y otras ideas y sugerencias valiosas.

Una revolución del corazón fue la primera circular de las tres que había decidido escribir en torno a la cuestión de la identidad. En aquella me centraba en la espiritualidad de Marcelino, y a la vez os anunciaba que en las dos siguientes abordaría la identidad desde la perspectiva de la comunidad y la misión respectivamente.

No debe sorprender, por tanto, que en la carta pre-

sente, *Compañeros maravillosos*, recoja de nuevo la reflexión sobre la identidad, esta vez desde el punto de vista de la vida comunitaria. Mi intención es que la última de las tres, que se centrará en la misión de la Iglesia, nuestras tareas apostólicas y los Juan Bautista Montagne de hoy, aparezca antes de la Conferencia General.

Desde luego a nadie se le escapa que bajo el encabezamiento de comunidad se encierra una larga serie de aspectos. Y está claro que yo sólo puedo reflejar algunos de ellos en esta carta. Dejaremos para otra ocasión o para otras manos la tarea de escribir sobre los que ahora omitimos, que también son importantes.

Los temas que presento en esta circular pueden agruparse en dos apartados: uno, los retos apremiantes que afrontamos todos, vosotros y yo, al vivir la vida comunitaria marista; dos, las cualidades que cualquier persona espera encontrar en una experiencia de vida en común que se precie de seguir la tradición de Marcelino.

Los puntos tratados en este segundo apartado inciden en la cuestión de la identidad. En la circular anterior os comentaba que en el trasfondo de nuestras luchas siempre late este interrogante: “¿En quién o en qué ponemos nuestro corazón?” Lo que atesoramos y apreciamos debe transparentarse no sólo en nuestra vida espiritual, sino también en nuestra vida de comunidad. Tiene que reflejarse no sólo en la sencillez que ha de caracterizar los lugares en que vivimos, sino también en nuestro estilo de oración, en nuestra manera de relacionarnos con los demás y con los de fuera de nuestra comunidad, y en el espíritu de perdón y reconciliación que ha de reinar en el grupo.

Aquí, justo en el comienzo, pueden suscitarse dos cuestiones. Algunos quizá se interroguen por qué esta circular se dirige a los hermanos y no a los laicos maris-



Lo que
atesoramos y
apreciamos debe
transparentarse
no sólo en
nuestra vida
espiritual, sino
también en
nuestra vida de
comunidad.

tas también. Otros me preguntarán qué es lo que me induce a dar prioridad a la vida comunitaria por delante de la misión cuando abordamos la cuestión de la identidad. Voy a responder a cada cosa por orden.

En primer lugar, el contenido de esta carta se ciñe a la vida en común de los hermanos, porque la vida de los laicos maristas asume formas comunitarias demasiado diversas para ser tratadas adecuadamente en un documento de esta naturaleza y volumen. A mi modo de ver, una circular que recoja unos pocos aspectos, bien concretos, del asunto que tratamos es un instrumento de cambio más efectivo que el intentar cubrir un tema con demasiada extensión. Por eso me parece más apropiado dedicar una reflexión sobre la vida comunitaria en los seglares que comparten nuestra espiritualidad marista en una carta dirigida expresamente a ellos. Mi deseo es poder enviársela posteriormente este mismo año. A la vez tengo intención de analizar en profundidad algunos modelos nuevos de comunidad que se están experimentando tanto entre hermanos como entre laicos maristas.

Por tanto, no entraremos en ese terreno en la presente circular, lo cual no significa que el factor comunitario carezca de importancia en las vidas de los hombres y mujeres que comparten el carisma de Marcelino. Sólo que en esta ocasión quiero presentar aspectos de la vida en común de los hermanos que requieren atención urgente ahora.

En segundo lugar, en esta circular he preferido centrarme en la comunidad más que en la misión. Y al hacerlo de esta manera me gustaría empezar reconociendo una cosa: no cabe duda alguna de que comunidad y misión son dos dimensiones distintas dentro de nuestro modo de vida, y no es menos cierto también que ambas van inseparablemente unidas. Y esto lo digo a sabiendas de que una y otra vez se nos recuerda que la vida religiosa no surgió en razón de la comunidad. Antes bien,

los institutos apostólicos, como el nuestro, fueron fundados principalmente para atender una necesidad humana en nombre del evangelio: en nuestro caso fue la clara necesidad de evangelización que había entre los niños y jóvenes desfavorecidos de la Francia posrevolucionaria.²

Pero Dios se ha confiado a nosotros y ha puesto su tarea en nuestras manos, y por ello mismo nos ha invitado a hacer de Jesucristo el centro y la pasión de nuestras vidas. Al aceptar esta invitación nos convertimos todos en discípulos suyos. Y es esta experiencia la que nos lleva a desechar cualquier intento de levantar un muro entre nuestra misión y la vida de comunidad.

Los miembros del 20° Capítulo General dijeron cosas muy parecidas en su *Mensaje*. Ellos nos retaron a “centrar apasionadamente nuestras vidas y nuestras comunidades en Jesucristo, como María”. Lo que subyace en el fondo de nuestra misión y de nuestra vida de hermanos reunidos en comunidad es esa identidad de discípulos de Jesús.

En el momento de nuestro bautismo fuimos introducidos en la comunidad de discípulos que llamamos Iglesia³; en la primera profesión dimos un paso adelante, deseosos de encontrar nuestra identidad y destino en medio de un grupo específico de discípulos dentro del Pueblo de Dios.⁴ Con la proclamación pública de nuestro compromiso dimos a conocer a todos, fieles o no, que, de ahí en adelante, nuestra identidad estaría vinculada a esa intención de vivir plenamente y con radicalidad la *Buena Noticia* de Jesús dentro de la comunidad de los Pequeños Hermanos de María.

El fallo que hemos tenido en darnos cuenta de que comunidad y misión son realmente dos caras de la misma moneda nos ha llevado a aceptar con excesiva facilidad ciertas descripciones ligeras e inexactas de nues-



tra vida en común. El mero hecho de vivir juntos, por ejemplo, no nos garantiza que exista de verdad una comunidad marista, como tampoco puede hacerlo la tarea común, ni el *Proyecto de Vida Comunitaria*. Estos elementos podrán ayudarnos pero nunca nos aseguran que hayamos formado una comunidad que Marcelino reconocería como suya.

De manera semejante, esa reticencia que hemos demostrado a la hora de situar el discipulado de Jesús en el centro de nuestra vida en común ha llevado a no pocos de entre nosotros a adoptar una cosmética pobremente analizada y soluciones escasamente efectivas para hacer frente a las dificultades que encontramos en la vida comunitaria.

Poco es lo que hemos ganado a fecha de hoy siguiendo en esa línea de querer clasificar comunidad y misión por orden de importancia, o cuestionándonos una y otra vez cuál de ellas debe ocupar la mayor parte de nuestro tiempo o nuestros talentos, o si hay que sacrificar una de ellas para que la otra pueda llegar a plenitud.

DEFINIR LA VIDA COMUNITARIA MARISTA

Puede que algunos se sorprendan si les digo que en diversas partes de nuestro Instituto en estos momentos la cuestión fundamental acerca de la vida comunitaria se plantea en torno a su propio significado. Llegar a una definición comprendida y aceptada por todos es una tarea apremiante que tienen delante muchos Institutos hoy, también el nuestro.

Sabemos que Marcelino sentía una gran estima por la vida comunitaria. En su *Testamento Espiritual* incluyó estas palabras: “Os encarezco, muy queridos hermanos, con todo el cariño de mi alma y por el que vos-

otros me profesáis, que os comportéis de tal modo que la caridad reine siempre entre vosotros.”⁵ La virtud de la caridad debía prevalecer en toda comunidad que quisiera reflejar el espíritu del fundador.

¿Cuál es la mejor manera de definir la comunidad hoy en nuestro Instituto? Quizás una de las más honestas sea decir simplemente que se trata de una cuestión del corazón. Antes que cualquier otra cosa, el hecho de vivir juntos como hermanos ha de movernos a todos a conseguir que nuestro corazón sea modelado y nutrido por la fuerza del amor.⁶ Sin eso quizá podamos sobrevivir, pero nunca floreceremos en comunidad.

¿A qué me refiero cuando hablo de un corazón modelado por el amor? Hay un cuento titulado *El regalo de los magos* que puede brindarnos alguna respuesta para esta pregunta.

A lo mejor alguno de vosotros conoce los detalles del relato. Se trata de una pareja joven, que en un momento dado entra en un período difícil de su vida y se queda sólo con dos preciadas posesiones: el reloj de oro de Jim y el cabello castaño y ondulado de Delia.

Llega la Navidad, y Delia desea comprar una cadena de oro para el reloj de Jim, para lo cual ha de vender su cabello. Y Jim está decidido a regalarle a su esposa el peine de concha de tortuga que a ella tanto le ha gustado al verlo en el escaparate, y para ello vende su reloj.

El autor termina la historia con estas palabras: “Los Magos –como bien sabéis– eran unos hombres sabios, muy sabios, que trajeron regalos al Niño que estaba en el pesebre. Y yo aquí os he narrado casi con desgana la crónica gris de dos atolondrados que vivían en un piso modesto, que sacrificaron el uno por el otro los únicos tesoros que tenían en casa de una manera muy poco prudente. Pero dejadme que diga algo a los sabios de



Son demasiados los hermanos que llegan a la madurez y descubren justamente entonces que son extraños para ellos mismos.

este tiempo: entre toda la gente que hace regalos, estos dos eran los más sabios. Ellos son los Magos.”⁷

Si ardemos en deseos de que dentro de nosotros crezca un corazón amoroso tenemos que preguntarnos: ¿qué estamos dispuestos a sacrificar en favor de nuestra comunidad, o de cualquier comunidad a la que hayamos de pertenecer? Es fácil señalar muchos aspectos de la vida comunitaria que nos parecen poco atractivos. Pero qué difícil nos resulta admitir que es Dios quien nos reúne, y que eso es precisamente lo que transforma nuestra vida comunitaria en un tiempo de gracia.

UN ACERCAMIENTO EQUILIBRADO

Hay todavía otra razón que me lleva a escribiros sobre la vida en común, y es la preocupación que percibo en diversas partes de nuestro Instituto acerca de este particular. Hay preocupación por la calidad de la vida comunitaria, pero más todavía por el efecto negativo que una comunidad traumatizada puede tener sobre nuestra disposición para llevar adelante la misión que nos ha sido confiada a todos y cada uno de nosotros. Es triste decirlo, pero una de las razones esgrimidas en estos últimos años para solicitar la dispensa de los votos ha sido la ausencia de una auténtica vida comunitaria.

La intención que tengo al abordar esta cuestión de nuestra vida en común es hablar sobre la realidad cotidiana más que proponeros el ideal que nos esforzamos en conseguir. Siendo ése el objetivo, dejadme que os diga en primer lugar que tenemos numerosas comunidades excelentes en nuestro Instituto: lugares de fraternidad abiertos, vivos y orantes. Yo mismo he tenido la gran fortuna de pertenecer a varias de ellas a lo largo de mi vida.

¿Qué es lo que nos hace recordar esas comunidades? Las Constituciones nos lo dicen con claridad. Nos jun-

tamos sabiendo que éramos diferentes y complementarios, y que era nuestra pasión por Jesús y su *Buena Noticia* lo que nos unía.

Con esa idea clara en la mente, vimos qué era lo que Dios pedía de nosotros, nos aprestamos a vivir con sencillez, y todos nos interesamos por la vida y las tareas de los demás. Al tratar de superar nuestro egoísmo y susceptibilidad, aprendimos a perdonar y aceptar la reconciliación. Con el tiempo esas comunidades llegaron a ser no solamente centros de evangelización, sino también lugares de amistad y vida compartida, ámbitos en los que las cualidades humanas y espirituales de cada miembro pudieran desarrollarse libremente.

En estos últimos años he tenido la oportunidad de conocer a hermanos de todas las partes del mundo y hablar con ellos, y he podido comprobar que muchos de vosotros habéis compartido la misma experiencia de vivir en comunidad con hombres de talento, orantes y generosos que se encuentran entre los hermanos maristas.

Hace poco un hermano que me estaba comunicando su experiencia de vida comunitaria me decía con espontaneidad: “Seán, Dios me ha bendecido dándome compañeros maravillosos a lo largo del viaje de mi vida.” Yo sabía muy bien a qué se refería con aquellas palabras.

A pesar de todas estas buenas noticias, también debo deciros que estoy preocupado por un cierto número de hermanos en algunas partes del Instituto que están, prácticamente, viviendo a su aire de una manera más o menos permanente, al igual que otros que parece que están en continua soledad.

Como antes señalé, el hecho de que estemos viviendo bajo el mismo techo no nos garantiza que exista vida de comunidad. El hermano Basilio lo expresó de es-



Compañeros maravillosos
Hermano Seán D. Sammon, SG

ta manera: “Hay hermanos que abandonaron el Instituto hace años, pero sencillamente no cambiaron de dirección”.⁸

¿Cómo se puede explicar este fenómeno? Hay muchas razones para que se produzca tal situación. Algunos se sienten agobiados por la vida comunitaria o carecen de las habilidades necesarias para desenvolverse en un grupo, diverso y retador, de adultos que viven juntos físicamente. En consecuencia, optan por limitarse a cohabitar con aquellos con quienes comparten la casa.

¿Cuál es el resultado? Soledad, irritabilidad y decepción constante.

A algunos de nosotros nos toca hacer frente al problema del activismo, que nos traumatiza emocionalmente y espiritualmente. Cansados de nuestras labores, regresamos a una comunidad que también está ocupada y donde hay miembros que se sienten incómodos si alguno se toma un tiempo para sí. Esa situación puede erosionar seriamente la capacidad que debe tener una persona para acoger el don de la soledad en su vida.

Son demasiados los hermanos que llegan a la madurez y descubren justamente entonces que son extraños para ellos mismos. Hay una persona que tenemos que conocer y querer pronto en la vida, y esa persona es el propio yo. Eso sólo se puede alcanzar si nos concedemos tiempo para conseguirlo y aprendemos a sentirnos cómodos con nuestra propia soledad.

Finalmente, también estoy preocupado por informes que me llegan de hermanos que viven con amargura y se muestran irritables en comunidad. Todos tenemos días en que no estamos para nadie. Pero ninguno puede someter a una comunidad a una dieta fija de días malos, porque eso no solamente es injusto sino que, como mínimo, tiene consecuencias negativas en el grupo cuando

tratamos de construir una vida orientada hacia los ideales a los que aspiramos y no menos para la promoción de vocaciones. Tenemos la responsabilidad de vivir de tal manera que el gozo y la alegría que han de caracterizar nuestro modo de vida estén a la vista de todos.

Pero hemos de admitir, igualmente, que cada comunidad marista en la que hemos vivido ha tenido sus defectos. Y que eso es así porque hemos sido miembros de esas comunidades y sabemos muy bien que ni nosotros ni los que viven con nosotros somos perfectos. ¿Pero acaso no se puede decir lo mismo de todo grupo humano?

Debemos ser comprensivos para saber aceptar que hay aspectos de nuestra vida en común que pueden herir los sentimientos y llevar a la decepción. Los desacuerdos entre nosotros son cosa corriente en el día a día, y los que viven con nosotros a menudo defraudan nuestras expectativas. Por eso debe reinar el espíritu de reconciliación en medio de una comunidad que reclama para sí el carisma del fundador.

ESTRUCTURA DE ESTA CIRCULAR

Esta circular está dividida en tres partes. En la primera doy un repaso a lo que nos dicen las *Constituciones y Estatutos* sobre la vida en común. Tenemos ahí una rica teología de la comunidad, aunque sea un ideal en el que frecuentemente nos quedamos a medio camino. Como parte de esta sección hablo también de algunas de las evidentes diferencias generacionales y culturales que existen en la vida comunitaria marista hoy, y reflexiono en torno a alguno de los modelos que se han utilizado para describir la vida en común.

Después analizo las fases por las que atraviesan las comunidades en su formación y desarrollo. Cuando es-



téis leyendo esta segunda parte, acordaos de esto: si los miembros de una comunidad marista no son capaces de compartir algo de sus vidas personales y de su espiritualidad, y de dejar que los hermanos les pidan su tiempo y talentos, y de fomentar un espíritu de mutuo respeto, y de aprender a discrepar y a superar sus diferencias, será muy difícil, por no decir imposible, que alcancen el ideal del que nos hablan las Constituciones.

Finalmente menciono algunos desafíos concretos que se plantean en bastantes comunidades actualmente y sugiero el modo en que podemos abordarlos. Por ejemplo, ¿cómo podemos mantener vivo nuestro entusiasmo por la vida en común a lo largo de los años? ¿Qué podemos esperar de los demás del grupo con realismo y qué pueden esperar ellos de nosotros?

¿Hay maneras de intervenir cuando los miembros de una comunidad ven que un compañero tiene problema de alcoholismo o adicción de otra índole? ¿Cuál es el acompañamiento más efectivo para tratar ese tipo de conductas destructivas en comunidad, tales como el descontento y el negativismo crónicos, las reacciones agresivas y explosivas que no remiten, la amargura y el enfado de larga duración entre algunos de nuestros hermanos?

¿De qué modo podemos cultivar un espíritu de hospitalidad y de oración plena en nosotros mismos y entre aquellos con los que vivimos? ¿Cómo podemos expresar con delicadeza el afecto, la ternura y la preocupación de los unos por los otros? ¿Se puede tratar el conflicto entre miembros comunitarios de forma que al final el grupo salga fortalecido? ¿Cómo aprendemos a aceptar la parte que nos corresponde en algunos de los problemas que surgen en la vida comunitaria, y a pedir perdón? Dicho en términos sencillos: ¿cómo podemos construir una comunidad marista en la que el perdón sea un hábito y la reconciliación no resulte extraña?

En la última parte incluyo también esta pregunta: Si Marcelino viniera a visitar una de nuestras comunidades hoy ¿reconocería lo que tenía en la mente cuando nos dejó estas palabras en su *Testamento*: “Ojalá se pueda afirmar de los Hermanitos de María lo que se decía de los primeros cristianos: ‘Mirad cómo se aman’...”. ?⁹ Al dar la respuesta a esta pregunta llegamos al final de la circular y señalamos las cualidades que caracterizan a una comunidad que Marcelino acogería como suya.

PARTE I

Constituciones y Estatutos

La teología no nos da certezas absolutas ni tampoco simples respuestas. Lo que hace es procurarnos un contexto en el que podamos entender nuestra humana experiencia como personas depositarias de fe.

El texto de las *Constituciones y Estatutos* hace referencia a nuestra vida en común a través de al menos seis dimensiones: trinitaria, mariana, espiritual, apostólica, humana y evangélica. En el comienzo del tercer capítulo se nos recuerda que el amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu es el manantial de toda vida comunitaria. Nuestra unidad atestigua así que Dios es amor y que este amor, infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, es más fuerte que nuestras limitaciones humanas.¹⁰

Al establecer una comunidad apostólica Jesús rogó para que ellos -y nosotros hoy- fuéramos uno, como Él y su Padre.¹¹ Es el mismo Padre el que quiere un mundo en el que todos los hombres y mujeres lleguen a formar una sola familia, un mundo en el que todos se consideren hermanos y se amen como tal.¹²

María ocupa un lugar privilegiado en nuestra vida comunitaria. Jesús era el objeto de su vida, y de la misma forma debe serlo de la nuestra. Al igual que los que se reunieron en Pentecostés, nosotros reconocemos la presencia de María y su lugar como Madre de la Iglesia, y también como Madre nuestra y hermana en la fe. Ella nos ayuda a vivir fraternalmente, haciéndonos comprender mejor que formamos el Cuerpo de Cristo.¹³

Nuestra vida debe ser sencilla y laboriosa, como la de María en Nazaret. Estamos atentos a las necesidades de la comunidad y del mundo, imitando la generosidad de su corazón al visitar a Isabel y al asistir a las bodas de Caná.

La espiritualidad que nos transmitieron el fundador y los primeros hermanos es mariana y apostólica. Siguiendo el ejemplo de Marcelino vivimos en la presencia de Dios y dejamos el resultado de nuestro trabajo en sus manos, convencidos de que “si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles”.¹⁴

Al propio tiempo somos conscientes de que la duda, la pérdida de entusiasmo y la sequedad de corazón son también experiencia diaria en nuestras vidas. Sintiéndonos seguros en la certeza de que Dios es siempre fiel, y con la confianza puesta en María y en nuestros hermanos, seguimos esforzándonos por llegar a ser un don total para el Señor y para los demás.

En la vida comunitaria damos testimonio de los consejos evangélicos de una manera peculiar.¹⁵ Se ha de advertir nuestra devoción por la pobreza en nuestro estilo de vida y en la voluntad de compartir nuestros talentos y tiempo personal con aquellos cuyas vidas tocamos.¹⁶ Practicamos la obediencia mediante la búsqueda constante del deseo de Dios.¹⁷ La castidad es una virtud



que abre nuestros corazones a la amistad y nos dispone a recibir el amor de los demás como si se tratara del propio amor de Dios.¹⁸

Y así, unidos como hermanos en comunidad, conocidos por nuestro espíritu de acogida y alimentados por una dinámica vida de oración, nos encontramos bien dispuestos para asumir nuestra tarea apostólica: dar a conocer a Jesús y hacerlo amar entre los niños y jóvenes desfavorecidos.¹⁹

Dentro de este contexto teológico demostramos interés por la vida y el trabajo de nuestros hermanos. Nos esforzamos en aceptarnos los unos a los otros, tan distintos en tantas cosas y sin embargo al mismo tiempo complementarios. Puesto que el amor a nuestros hermanos es sencillo y cordial, estamos atentos para adivinar sus dificultades y compartir sus alegrías.²⁰

Dejando de lado el egoísmo y la susceptibilidad con que a menudo reaccionamos ante la admonición del hermano, aceptamos con sencillez lo que se nos dice y reflexionamos sobre ello. Si hemos obrado mal pedimos perdón y si han obrado mal con nosotros somos los primeros en perdonar. De esta manera, la comunidad en la que vivimos se convierte en un lugar de amistad, de vida compartida, donde pueden llegar a florecer las cualidades humanas y los dones espirituales de todos.

Finalmente, no importa cuál sea la edad, apreciamos como un tesoro a cada uno de los hermanos, por lo que es y por su pertenencia a la comunidad, no precisamente por la contribución que hace a la tarea común, sin importarnos si es relevante o no.²¹

El hermano joven y el maduro aportan la riqueza de su espíritu y su corazón a la comunidad. Compartiendo ambos su entusiasmo y el deseo de autenticidad, el her-

mano maduro lo hace con pleno conocimiento de sus éxitos y fracasos. Los hermanos mayores nos dan el mejor testimonio de la fidelidad al Señor que podemos encontrar: su perseverancia.

Todos recibimos algo a cambio: los jóvenes, apoyo en su vocación; los que peregrinan en la madurez, el aliento de sus hermanos; los que están en el último período de la vida, el respeto y el cariño de todos.

Siempre que queramos hacer un análisis sobre la comunidad tendremos en las Constituciones un excelente punto de referencia. Lo que está escrito en ellas refleja muy bien las esperanzas de muchos de nosotros sobre la vida en común. Hemos de seguir esforzándonos por vivir este ideal, aunque a menudo no lleguemos a alcanzarlo.

CON UNOS OJOS O CON OTROS

Desde que se celebró el Concilio Vaticano II hemos venido leyendo nuestras *Constituciones y Estatutos* con ojos especiales, y eso es cierto tanto para el texto experimental que tuvimos de 1968 a 1985 como para el que tenemos desde el 18° Capítulo General. Unos lo hemos leído con ojos occidentales, en tanto que otros lo han hecho a través de una mirada oriental, o a través de la mirada de los pobres, de los místicos, de los jóvenes, y tantas otras visiones. Lo cierto es que lo que encontramos en las Constituciones nos da ánimos, nos reta, nos inspira.

La experiencia de leer nuestro documento base, por tanto, no ha sido la misma para todos. Hemos llevado a cabo esa tarea aportando distintos criterios acerca de los trabajos de nuestro mundo, una diversidad de esperanzas y miedos, una variedad de sueños y decepciones. Sin embargo, muchos de nosotros, demasiados, no he-



mos acertado a ver que existen diferentes maneras de apreciar una misma realidad.

Cuando leemos los relatos bíblicos de la creación, por ejemplo, los que espontáneamente tendemos a ver las cosas desde una óptica occidental, con esa inclinación a centrarnos en el yo, seguramente pondremos el énfasis en el individuo. Y de esa forma los textos se convierten en narraciones sobre un Dios que crea a cada persona a su imagen y semejanza.

Pero hay otras maneras de entender las mismas historias. Por ejemplo, no es menos adecuado decir que, dado que la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu es el fundamento de nuestra visión cristiana de Dios, Adán y Eva están hechos a la misma imagen precisamente porque fueron creados como pareja. Su pecado es original no porque sea el primer pecado sino por ser un pecado contra sus orígenes: rompen la comunión entre ellos y con Dios. Caín vuelve a repetir el mismo pecado cuando mata a su hermano Abel.²²

Si bien es cierto que la cosmovisión occidental que domina el pensamiento de una gran parte de los hermanos de nuestro Instituto tiene puntos altamente positivos que la hacen recomendable, también tiene sus límites. A veces puede cargarnos con el peso de unos esquemas de razonamiento polarizadores y jerárquicos que estorban la capacidad de apreciar la unidad inherente a la creación de Dios. Si nos saliéramos de ese restrictivo modo de pensar podríamos entender mejor por qué los miembros de la comunidad que ya no están en la misión tienden prontamente a encerrarse en sí mismos, en tanto que los que están inmersos en la misión encuentran el manantial de su vitalidad en la comunidad.²³

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Indicaciones: Resérvate un tiempo personal para poder responder a las preguntas siguientes. Cuando lo hagas utiliza libreta y lápiz para ir apuntando las cosas que te gustaría recordar más tarde. Te vendrán a la memoria más fácilmente si has tomado notas que te pueden ayudar. Esos mismos apuntes te serán muy útiles en cualquier reunión comunitaria o de ámbito más amplio en la que se discutan estas cuestiones.

Así que, despeja la mente y hazte a ti mismo estas preguntas:

1. ¿Cuál ha sido tu experiencia de vida comunitaria a lo largo de tu vida de hermano? ¿Qué retos has afrontado, qué consuelo has encontrado?

2. Dedicar unos momentos a reflexionar en las comunidades maristas que han contribuido de manera significativa a tu desarrollo espiritual y a tu entrega a la misión. ¿Qué había en esas comunidades para que la gracia fuera tan abundante en ellas?

3. ¿Cuáles son los artículos de las Constituciones que mejor describen tu experiencia de comunidad? ¿En qué líneas se refleja más adecuadamente tu experiencia general de la vida en común?

DIFERENCIAS GENERACIONALES, CULTURALES Y DE OTRO TIPO

Además de las que ya hemos mencionado, existen otras diferencias en la vida comunitaria marista de hoy. Sin ir más lejos, la propia realidad comunitaria, adquiere distinta perspectiva desde la diversidad generacional y cultural. Mientras analizamos esto en las páginas que siguen, tened este pensamiento en la mente: nuestra identidad marista, tan difícil como pueda ser expresarla con palabras, es un elemento fundamental que nos une como hermanos de Marcelino. Y sobre esa identidad básica tenemos que construir cuando buscamos nuevas formas de vivir y servir juntos en este mundo siempre cambiante en el que nos encontramos.

a. Diferencias generacionales

Nuestra preparación para la vida en comunidad ha estado determinada en parte por los años transcurridos en el postulante, noviciado y escolasticado, o sus equivalentes actuales. A consecuencia de ello, algunos equiparan la vida comunitaria a una serie de prácticas fijadas que marcan la jornada: por ejemplo, los momentos de oración, las comidas que tenemos juntos y un tiempo para la recreación, en una secuencia que se renueva cada veinticuatro horas. La vida de los miembros de la comunidad está caracterizada por una uniformidad previsible, y lo mismo sucede en el modo como interactúan.

Estos hermanos suelen remitirse a la tradición y a la norma cuando se tratan cuestiones sobre la naturaleza y finalidad de la vida comunitaria. Dejando a un lado la doctrina contenida en los textos del Concilio Vaticano II y de nuestras Constituciones, ellos insisten en que sólo hay un modo de vivir la vida de comunidad. Leed las reglas, dicen. Están muy claras y permiten pocas excepciones.

Este primer grupo aporta sus dones a la vida en común. Todas las comunidades se benefician de un modelo de oración marcado por un ritmo regular y señalado. Tener ese apoyo permanente del grupo en nuestra vida de oración personal y comunitaria es para la mayoría de nosotros un tesoro que a veces sólo valoramos cuando no lo tenemos.

Los que viven en este esquema de regularidad también suelen ser fieles en la organización de las vacaciones, la celebración de los cumpleaños, festividades y otras ocasiones señaladas. No hay que subestimar estos dones y otros similares; son importantes en la vida de toda comunidad marista. Por debajo de ellos late el deseo de construir un espíritu de fraternidad.

Un segundo grupo de hermanos se adhiere a un modelo muy diferente de vida comunitaria. Para éstos la previsión, la puntualidad y la regularidad no son tan relevantes como la calidad de las relaciones que existen entre los miembros del grupo.

Deseosos de promover un nivel de intercambio que vaya más allá de lo superficial, tienen facilidad para hablar con los demás del grupo sobre su vida afectiva y su experiencia de Dios. Tratan, incluso, de mejorar en la comunicación de sus sentimientos de afecto y delicadeza, sus dudas y preocupaciones.

La presencia física en la oración suele ser entre los de este segundo grupo una preocupación menor que la preparación para el servicio, la manera de llevarlo a cabo y la capacidad de adaptación de los miembros del grupo.

A estos hermanos se les puede acusar de tener una “mentalidad de supermercado” cuando nos referimos a la vida en común; da la impresión de que van eligiendo y cogiendo aspectos de nuestra vida para ver y compa-



En toda
comunidad
marista
cada uno
de los hermanos
tiene su propia
historia
que contar,
y es preciso
que se le dé
la oportuni-
dad de hacerlo.

rar, pero también aportan muchos dones a la comunidad: espontaneidad para la acogida, ideas nuevas, una perspectiva cargada de ilusión. Tienen una vida de fe que se desarrolla, se toman tiempo para la oración personal y están comprometidos con la vida de comunidad. Sin embargo su visión de cada una de esos terrenos difiere notablemente de la de los que componen la generación anterior.

Por tanto, en esto estriba mayormente la confusión: es obvio que tenemos dentro del Instituto diferentes generaciones de hermanos; lo que ya no ha estado tan claro hasta hace poco es el grado de diferencia que existe entre esos grupos. Por ejemplo, el hecho de que bastantes hermanos jóvenes tengan facilidad para hablar de Jesús, de espiritualidad y de su experiencia humana, pero a la vez fallen en la fidelidad a los ejercicios comunitarios suele chocar bastante a los hermanos mayores que recibieron una formación en la que no faltaban amonestaciones en contra de las amistades particulares y elogios a la observancia regular.

También sucede que, al no haber vivido la experiencia del contexto de la Iglesia y de la vida religiosa en los tiempos anteriores al Vaticano II muchos de nuestros jóvenes no son conscientes de los sacrificios que tantos hermanos mayores tuvieron que hacer para asegurar que la vida marista llegara hasta hoy.

Las observaciones que hacía un hermano de edad hace unos años pueden ilustrar, a modo de ejemplo, las diferencias generacionales que son corrientes en el Instituto actualmente. Decía él: “En estos tiempos todo el mundo me pregunta qué pienso yo. Con toda franqueza, no sé si pienso. Durante cuarenta años me dijeron que dejase al superior de comunidad la tarea de pensar.

“Sin embargo -añadía-, los hermanos jóvenes son distintos. Yo envidio su capacidad de expresar las ide-

as, incluso cuando lo que piensan va en contra de la opinión de la mayoría. Por lo que a mí respecta, a menudo ni siquiera estoy seguro de lo que pienso.”

Finalmente están los que, sea cual sea la edad, entienden que una relación de discipulado es lo que vincula a los miembros de nuestras comunidades maristas. Marcelino deseaba ardientemente que las comunidades de sus hermanos fueran una réplica de las comunidades de creyentes que se reunían para compartir los relatos sobre Jesús y la Eucaristía. Por eso nos dejó escrito: “No haya entre vosotros sino un solo corazón y un mismo espíritu.”²⁴

Pero es triste tener que decir que entre nosotros hay bastantes que siguen confiando en formas y estilos de vida comunitaria que responden a otra época y a una visión distinta de la vida en común. En consecuencia puede que a veces nos sintamos perdidos al situarnos ante la realidad comunitaria de hoy. Tomad la virtud de la caridad, por ejemplo. A muchos nos enseñaron a asociarla con el sufrimiento prolongado. Y sin embargo lo cierto es que la caridad tiene que ver más con decir afectuosamente la verdad que con medir cuidadosamente las palabras, no sea que hagamos daño a los otros. En no pocos lugares existe hoy una necesidad urgente de adquirir nuevos estilos de vivir juntos en comunidad.²⁵

En toda comunidad marista cada uno de los hermanos tiene su propia historia que contar, y es preciso que se le dé la oportunidad de hacerlo. Si escuchamos atentamente lo que nos dice aprenderemos algo acerca de los dones que posee y los retos que se le han planteado en diferentes momentos a lo largo del viaje de su vida. Y de esa manera llegaremos a apreciar más plenamente la influencia que la cultura y la familia han tenido en la formación de su conciencia, su fe y sus convicciones sobre la vida en común. Y lo que es más importante: po-



Compañeros maravillosos
Hermano Seáir D. Sammon, SC

dremos entrever el amor que Dios siente por él y que le ha manifestado en el decurso de su vida, en los momentos buenos y en los tiempos de dificultad.

Más tarde en esta circular os propongo pasos que podemos dar como Instituto con el fin de que todos nos preparemos mejor para la vida comunitaria que nos corresponde en el siglo XXI. Mientras tanto tened esto presente: hay varias generaciones únicas dentro de nuestro Instituto hoy. Cada una tiene una experiencia diversa de formación, diferentes perspectivas ante la comunidad, y —en algunas circunstancias— visiones casi completamente distintas de la misma vida religiosa en sí.

b. Diferencias culturales

También está el asunto de la cultura. Ha sido uno de los instrumentos de que Dios se ha servido para alimentar nuestra vocación. La cultura nos ha ayudado de igual manera a modelar nuestras esperanzas y expectativas en torno a la vida en común. Estos dos factores, la esperanza y las expectativas, pueden diferir notablemente entre los miembros de cualquier comunidad, y esas diferencias serán aun más significativas si los miembros de esa comunidad provienen de distintas nacionalidades y culturas. No tenemos por qué sorprendernos de ello. Para un Instituto que se halla presente en 77 países, el pluralismo y la diversidad han de ser la norma, no la excepción.

¿Qué queremos decir exactamente cuando hablamos de *cultura*? Se suele emplear este término para describir las costumbres y tradiciones de cualquier grupo humano. Por lo mismo, cuando nosotros aludimos a *diferencias culturales* nos referimos a la diversidad que existe entre un grupo y otro a la hora de determinadas prácticas, tales como el proceso de toma de decisiones, las atenciones que se tienen con los mayores, el modo de celebrar los días festivos.

La *multiculturalidad*, palabra que utilizamos para definir la presencia de culturas diversas, nos plantea hoy dos grandes retos. Uno, poner a prueba el temor que podemos sentir de que el pluralismo nos conducirá a la división y la desintegración. Dos, admitir que el conocimiento que tenemos de las diferencias culturales muchas veces se basa en apenas un rápido vistazo a la punta del iceberg. La gran parte de esa otra cultura permanece oculta, fuera de nuestro campo de visión.

Cada Instituto religioso tiene su propia cultura, y el nuestro no es una excepción. La cultura religiosa marista nos influye en la manera de organizar nuestras vidas y ayuda a determinar esas expresiones y costumbres que hemos adoptado como sagradas. Como parte de esa cultura, un apostolado concreto, una cierta espiritualidad, las tradiciones que tienen que ver con la vida comunitaria y otros elementos –algunos conservados tal como se heredaron desde el tiempo del fundador- han ido transmitiéndose de una generación de hermanos a la siguiente.

Sin embargo, cuando un Instituto se expande y mueve su misión a nuevas tierras y nuevas gentes, tiene ante sí otro desafío cultural. A la vez que respeta el pasado, debe entrar plenamente dentro de la cultura en la que se halla. Tomarse el tiempo para aprender bien el idioma de la gente de esa región y estudiar su historia, usos y costumbres son signos importantes de respeto.

La identidad de todo instituto debe ser lo bastante fuerte como para poder arraigar en suelo nuevo y, al propio tiempo, aprender de aquellos que llevan ya mucho tiempo labrando ese suelo.

La historia de muchas congregaciones religiosas, incluida la nuestra, nos recuerda que no siempre se ha llegado a conseguir lo que esperábamos que floreciera, y no por desgana o falta de trabajo por parte de los im-



El teólogo Karl Rahner nos ha recordado que el Concilio Vaticano II fue “el primer gran acontecimiento oficial en el que la Iglesia empezó de verdad a ponerse al día como una Iglesia propiamente universal.”

plicados. Es triste decirlo pero ha habido tiempos en que desde algunos criterios misioneros se consideraba a las nuevas culturas como inferiores, sin mérito, paganas. Las lenguas locales fueron a menudo tomadas por dialectos, y se suprimieron costumbres y tradiciones ancestrales. Se trataba de llevar a Dios a esas culturas, no de encontrarlo dentro de ellas.

Los años de experiencia nos han ayudado a entender mejor lo compleja que puede ser una cultura; sin embargo, sigue habiendo dificultades. Esas constantes luchas interculturales no son sino el espejo de lo que sucede en nuestra Iglesia cuando se afana por ir saliendo desde la postura de una institución dominada por el pensamiento occidental a otra que sea verdaderamente católica. El teólogo Karl Rahner nos ha recordado que el Concilio Vaticano II fue “el primer gran acontecimiento oficial en el que la Iglesia empezó de verdad a ponerse al día como una Iglesia propiamente universal.”²⁶

En los años que se nos avecinan, las simples estadísticas demográficas pondrán de manifiesto la urgencia de este reto. A comienzos del siglo XX, por ejemplo, aproximadamente el 80% de la población católica vivía en Europa y en América del Norte y del Sur. Hacia 2020, en cambio, las estimaciones apuntan a que cerca del 80% de los católicos vivirá en los hemisferios oriental y meridional, dejando a Europa y Norteamérica con el 20% restante. En un período de 120 años, la distribución demográfica de la Iglesia Católica habrá cambiado de arriba abajo.²⁷ Aunque los flujos de la inmigración puedan alterar algo los porcentajes previstos, la tendencia que indican es evidente.

También es preciso que recordemos que no se puede deshacer el pasado, sólo hay que tratar de sanarlo. Y eso sí debemos hacer, sanarlo, y luego seguir con las tareas que llevamos entre manos. Esta observación es válida no sólo en el contexto global al que hemos aludido

antes, sino también en la vida diaria de toda comunidad marista.

Si nuestra experiencia de comunidad ha de ser un modelo para la Iglesia y el mundo, entonces la buena comunicación, el respeto a la diversidad y el espíritu de tolerancia serán elementos esenciales dentro de todo grupo que viva y trabaje en un contexto intercultural. Sin la presencia de estas herramientas básicas se corre el riesgo de que sus miembros pronto se polaricen y se vuelvan suspicaces ante las motivaciones y acciones de los demás. Dado que es inevitable que cometamos errores, siempre ha de reinar el perdón y la reconciliación entre los componentes de la comunidad.

Los encuentros internacionales que hemos venido celebrando hasta ahora, tales como los Capítulos y las Conferencias Generales, nos proporcionan numerosas historias sobre malentendidos interculturales. Me acuerdo de John, un hermano joven de China que asistía en calidad de observador a la Conferencia General de 1997 en Roma. Éste me preguntó el primer día al juntarnos a desayunar: “Seán, ¿dónde está el arroz?” Me di cuenta al instante de que se me había olvidado incluir arroz en el menú matinal. Hay gente asiática que acostumbra a tomar arroz en la primera comida del día. Así que prometí decírselo a los encargados de la cocina para que se corrigiera el fallo a partir de aquel momento.

A la misma hora el día siguiente, sin embargo, John vino donde mí de nuevo y me preguntó: “Seán, ¿dónde está el arroz?”. Le dije que en la cocina me habían asegurado que se serviría arroz por la mañana, y que tenía que haberlo en alguna parte de la mesa caliente.

Al fin lo encontramos. Desdichadamente el arroz era auténtico *risotto*, un estilo italiano de arroz untuoso preparado con una salsa. Esa misma mañana coincidía que la salsa era una mezcla de crema y quisquilla. Muy



sabrosa para los que les gusta, aunque difícilmente a la hora del desayuno en Italia, y seguro que mucho menos para el hermano joven de nuestra historia. Todavía recuerdo la reacción de John al ver el risotto: “Seán –di-jo-, arroz cocido, es todo lo que pido, arroz cocido.”

Un segundo ejemplo, más elocuente, ocurrió durante el 20° Capítulo General. Fue un día en que le correspondía presidir la sesión a un hermano del continente africano. Un compañero capitular tuvo una intervención parlamentaria que, por su naturaleza, requería que la presidencia parase el debate inmediatamente y propusiera votación para determinar si el Capítulo en pleno quería detener la discusión en aquel punto y pasar directamente a votar sobre la cuestión que se estaba tratando.

Sin embargo, en lugar de seguir esos pasos, el presidente simplemente señaló en una lista el nombre del hermano que había intervenido y pasó la palabra al siguiente diputado.

Se produjo un murmullo entre los miembros de la sala.

No obstante, la presidencia continuó dando la palabra a capitulares, incluso aunque el hermano del principio se subió a su pupitre para asegurarse de que su petición era no sólo oída sino también vista por todos los que estaban en la sala capitular.

Finalmente se pidió un receso. Entonces le pregunté al moderador por qué no había cortado el debate. Él me dijo: “Seán, en mi cultura es terriblemente ofensivo negarle a uno el derecho a hablar. Sencillamente, yo no podía hacerlo.”

Aquel día aprendí una lección importante sobre las diferencias culturales. Lo que para algunos de nosotros

era un medio eficiente para darle final a una discusión larga y quizás –a nuestro juicio- estéril, era visto a través de los ojos culturales de otro como un comportamiento ofensivo. Me pregunté más tarde cuántos ejemplos de conflictos culturales nos encontraríamos si hiciésemos un análisis detallado de las dinámicas seguidas en cualquiera de nuestros encuentros internacionales.

El mismo tipo de malentendido puede suceder en el plano comunitario, especialmente cuando sus miembros proceden de diferentes ámbitos lingüísticos y culturales. Actualmente se está acrecentando la posibilidad de que se produzcan esas situaciones ya que nos corresponde amoldarnos a vivir en provincias que se han formado mediante procesos de reestructuración. Muchas de ellas son multilingües e interculturales.

Por ejemplo, ahora nos sucede que cuando planificamos los encuentros de los miembros de estas unidades administrativas nuevas, son necesarios los servicios de traducción. La manera de celebrar los cumpleaños y las fiestas, de organizar las vacaciones, de animar los retiros merece un estudio. Es una ingenuidad, por no decir una ofensa, creer que en el futuro la formación unificará las cosas. Nuestras culturas son demasiado significativas e influyentes en nuestras vidas para ser puestas a un lado alegremente.

Un último punto. Con el fin de estar preparados para las demandas de la vida marista en el tiempo presente y en el futuro, estaría muy bien que los hermanos aprendiesen al menos un idioma aparte de su lengua materna. Muchos ya hablan varios, pero ahí lanzo el reto para los que no lo hacen. Dominar un idioma nuevo es un paso concreto que podemos dar para adquirir algunas de las destrezas que son necesarias en el mundo marista multicultural en que nos toca vivir.



Los años de experiencia nos han ayudado a entender mejor lo compleja que puede ser una cultura; sin embargo, sigue habiendo dificultades.

PREOCUPACIONES

Al llegar al término de esta sección de la 1ª parte de la circular, permitidme añadir que es un motivo de aliento para todos el hecho de que cada vez son más los hermanos que se preocupan por el estado actual de la vida comunitaria en nuestro Instituto y el rumbo que tomará en el futuro.

Muchos pertenecen a comunidades que cada año se reservan un tiempo para trazar juntos un proyecto de vida acordado entre todos. Este documento sirve luego como punto de referencia para los miembros del grupo a lo largo de los doce meses siguientes, y les ayuda a reflexionar sobre esta importante dimensión de sus vidas.

En algunas provincias y distritos los hermanos están buscando nuevas formas de vivir en común. Otros se esfuerzan en abrir sus comunidades y hacer de ellas espacios de acogida y de oración tal como leemos en los documentos del Instituto. En algunos lugares se ha tomado la iniciativa de formar comunidades entre hermanos y jóvenes voluntarios o miembros del laicado marista. Al propio tiempo no faltan entre nosotros aquellos que tratan de simplificar sus vidas y se esfuerzan por modelar comunidades maristas que se acerquen todo lo posible a los ideales que nos proponen nuestras Constituciones.

Pero a la vez se están dando signos inquietantes. Por ejemplo, hay hermanos que se ponen a la defensiva en cuanto oyen hablar de *comunidad*, y su respuesta es la resistencia y el silencio. Hay quienes sostienen que la comunidad no significa necesariamente que tengamos que vivir juntos bajo el mismo techo, y señalan a compañeros de trabajo, o personas de su familia, o a un círculo de amigos como su fuente de apoyo.

Más aún, hay otros que, tras poner el ejemplo de al-

guna comunidad de la Provincia particularmente traumatizada, manifiestan que no están dispuestos a tolerar lo que para ellos es una forma disfuncional de vida en común entre adultos. "Yo no quiero vivir más tiempo con gente que está loca", dicen.

Algunos aspiran a vivir solos. Hacen una lista de los agobios experimentados en el trabajo apostólico o recuentan las heridas recibidas en el pasado a causa de la rigidez de las estructuras y de un inadecuado ejercicio de la autoridad, y sacan en conclusión que vivir solos les protegerá contra nuevas heridas, o que sencillamente resulta más cómodo.

En los documentos de Iglesia y en los nuestros propios se suele aludir a la vida comunitaria como la piedra angular de la vida consagrada. Pero para algunos se ha convertido en uno de los problemas más espinosos que han tenido que afrontar desde los tiempos del Concilio Vaticano II.

LO QUE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS NO SON

Es fácil dar una definición de comunidad en abstracto. Pero darle forma y estructura en las circunstancias concretas de la realidad de cada día es bastante más complejo. A través de la historia de la vida consagrada se han utilizado varios modelos que recogen la naturaleza y el fin de la comunidad para ayudarnos con esta tarea. La verdad es que fueron de utilidad en su época, pero no parece que nos sirvan de mucho en estos tiempos.

Por ejemplo, a muchos les ha sido de gran ayuda reflexionar sobre la comunidad asimilándola a una familia, cosa que es adecuada en nuestra cultura marista. Era una visión que se apoyaba en diversas imágenes tomadas de las Escrituras y la Tradición. En el primer pla-



no estaría el cuadro idealizado de la Sagrada Familia en Nazaret. Pero, si bien es cierto que cualquiera de nuestras comunidades podría ofrecer el testimonio de algunos aspectos positivos de una vida en familia, hay que dejar claro que una comunidad religiosa no es una familia.

Una familia, por su propia naturaleza, conlleva relaciones entre personas de poder y *status* desigual. Pensad, por un momento, en una madre exasperada por la rebeldía de su hijo adolescente al que reprende con estas palabras: “¡Mientras estés viviendo bajo este techo y te paguemos las facturas tú harás lo que yo te diga y cumplirás las normas de esta casa!”. Una relación así no está precisamente marcada por la reciprocidad y la igualdad de niveles de interdependencia.

Al utilizar el modelo de familia como elemento de referencia para la vida comunitaria se ha fomentado también a veces una estructuración jerárquica que no concuerda con la vida consagrada. ¿No es cierto que antaño había en las congregaciones un miembro comunitario al que se acudía como “Hermano” superior, “Padre” superior o “Madre” superiora? ¿Qué tiene entonces de extraño que, pasado un tiempo, otros miembros de la comunidad regresaran a pautas de conducta más adecuadas para etapas anteriores de su vida, o simplemente se rebelaran, proyectando contra el responsable de la comunidad todas las cuestiones que quedaron sin resolver con sus padres y otras personas de autoridad?

En el mismo orden de cosas, nuestras comunidades maristas no son de suyo comunidades terapéuticas. Por supuesto que hay aspectos curativos en nuestra vida en común. Podemos descargarnos en los demás, y, cuando los compañeros del grupo son maduros y generosos, el apoyo mutuo está garantizado. Pero, aun siendo cierto que una comunidad religiosa puede y debe ser un lugar donde crecemos humana y espiritualmente, el desarro-

llo personal de sus miembros nunca ha de ser la primera razón de su existencia.

En una comunidad terapéutica, por el contrario, la primera preocupación es la maduración personal de los que forman el grupo. Ésa es la finalidad que los ha reunido por encima de cualquier otra motivación: es también el motor que impulsa su vida en común.

Consiguientemente, el individuo y sus necesidades juegan un papel primordial en toda comunidad terapéutica. Libres de otras distracciones externas, sus miembros invierten un tiempo considerable discutiendo sobre la vida en el grupo y sobre el modo en que cada uno se conduce. ¿Con qué resultado? Adquieren una visión de las razones de su conducta que les ayuda a clarificarse, y llegan a comprender mejor el efecto que su comportamiento provoca en los demás. Y ya con eso, poco tiempo y energía queda para el resto de las cosas.

Nuestras comunidades maristas fueron fundadas con el objeto de vivir el Evangelio y proclamar la palabra de Dios. Nuestra primera misión es amar a Dios y hacerle conocer y amar. Al llamarnos discípulos de Jesús, el mundo exterior a la comunidad se convierte en nuestro punto de mira natural.

Si aplicamos el modelo de comunidad terapéutica a la vida religiosa marista, corremos el riesgo de hacer girar ese punto de mira hacia el interior, generando de esa manera expectativas irreales en torno a la comunidad y sus componentes, y distorsionando la verdadera naturaleza y finalidad de una vida comunitaria basada en el Evangelio.

Por último, en algunas provincias los hermanos han adoptado modelos del mundo corporativo como elemento de apoyo para entender la dinámica de una comunidad religiosa actual. Ciertamente hay aspectos en



Con frecuencia los roles más esenciales de las comunidades de nuestro Instituto son también los que menos podemos medir con precisión.

los modelos que inspiran el mundo de los negocios que pueden ser útiles para comprender mejor los procesos que se activan en el seno de una comunidad religiosa, pero la comunidad no es una corporación.

Las corporaciones suelen estar marcadas por una cultura burocrática en la que la valía de los miembros viene medida por su capacidad para llevar a cabo roles específicos y tareas asignadas. La delimitación de funciones adquiere una importancia que excede con mucho a su concreta utilidad. Hay una frase corriente que se oye de cuando en cuando en cualquier grupo clasificado como burocracia: “ése no es mi trabajo”.

No se puede gobernar la vida de nuestras comunidades con un reloj de pared. El espíritu de generosidad camina en dirección contraria a la réplica de “ése no es mi trabajo”.

Con frecuencia los roles más esenciales de las comunidades de nuestro Instituto son también los que menos podemos medir con precisión. Poco haremos por clarificar la verdadera naturaleza de la comunidad religiosa en el mundo de hoy si intentamos reducir lo que debe ser un proyecto basado en el evangelio a las meras funcionalidades de una estructura comercial o corporativa.

A estas alturas de la circular a lo mejor os estáis preguntando: “Si la comunidad no es una familia, ni una comunidad terapéutica, ni una corporación, ¿qué es, entonces?”

La verdad es que no existe una analogía adecuada que se pueda aplicar a una comunidad religiosa. Los miembros de un Instituto como el nuestro adoptan la vida comunitaria en respuesta a una llamada divina, lo cual no sucede con otro tipo de grupos. Eso nos ha llevado a un compromiso de vida basado en un fin que está por encima de nosotros, y que no se fundamenta en

un deseo de satisfacción personal. Una auténtica comunidad religiosa se orienta a la trascendencia más que a la plenitud personal.



VIDA COMUNITARIA Y SOLEDAD

Voy a decir una palabra sobre vida comunitaria y soledad. Son cuestiones que aparecen ya en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y que luego han tratado los maestros espirituales y teólogos a lo largo de los siglos. Nuestras Constituciones colocan a la soledad en el corazón de la llamada a la vida consagrada, al hablar del misterio de la elección:

“Dios elige a algunos hombres
y los llama individualmente para llevarlos al desierto
y hablarles al corazón.
A quienes lo escuchan, los separa
y, mediante su Espíritu,
los convierte constantemente
y acrecienta en ellos el amor
para encomendarles una misión.

Nace así una alianza de amor
en la que Dios se entrega al hombre
y el hombre a Dios;
alianza que la Escritura
compara con los esponsales.
El dinamismo interno de la consagración
se sitúa en el centro de esta alianza”.²⁸

Cuando ya está todo leído, dicho y hecho, nos toca aceptar la realidad de que cada uno de nosotros viaja solo por el camino de la vida. Ya se trate de un casado, o soltero, o miembro de un instituto religioso, o sacerdote secular, sea cual sea nuestra filosofía de la vida, la

cultura, las creencias religiosas, los años de formación, o mil otros factores, el hecho es que venimos a este mundo solos, y cuando nos vamos también lo hacemos en solitario.²⁹

Algunos se cuestionan la llamada a la vida comunitaria cuando la soledad se convierte en una carga. Ya sea en nuestros años tempranos de hermano, cuando peleamos con los problemas de la intimidad, o cuando a la mitad de la vida nos ponemos a pensar en el trance final de la muerte, o cuando en los últimos años echamos de menos a los amigos que ya se fueron para siempre, una y otra vez tenemos la conciencia de que estamos solos y que la comunidad no puede aligerar ese peso.

Ninguna otra cosa en este mundo puede hacerlo, de todos modos. La soledad es parte de nuestra naturaleza, es inherente a nuestra condición humana. Cada día que pasa nos afirmamos en la certeza de que San Agustín tenía razón cuando decía: “Nuestro corazón sólo descansará cuando repose en Dios.”

La soledad, y la separación que a veces la acompaña, nos ofrece la posibilidad de acercarnos más a Dios y a los demás. Con qué facilidad podemos volvernos ego-céntricos. La soledad y el apartamiento tienen el potencial de sacarnos de nuestro mundo interior cerrado. Nos ayudan a comprender que ese mundo y nuestras preocupaciones no son la cosa más importante; que hay Uno que es más grande que nosotros. Dag Hammarskjöld, que fue durante un tiempo Secretario General de las Naciones Unidas, lo expresó de esta manera: “Rogad para que vuestra soledad pueda empujaros hacia la búsqueda de algo por lo que valga la pena vivir y valga la pena morir.”

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Indicaciones: Resérvate un tiempo personal para poder responder a las preguntas siguientes. Cuando lo hagas utiliza libreta y lápiz para ir apuntando las cosas que te gustaría recordar más tarde. Te vendrán a la memoria más fácilmente si has tomado notas que te pueden ayudar. Esos mismos apuntes te serán muy útiles en cualquier reunión comunitaria o de ámbito más amplio en la que se discutan estas cuestiones.

1. Señala alguna de las diferencias generacionales que te has encontrado en tu vida comunitaria. ¿En qué medida eran positivas esas diferencias para la vida de comunidad? ¿De qué manera añadían dificultades a la vida diaria del grupo? ¿Cuál era tu actitud ante esas diferencias? ¿Cuál es tu actitud actualmente?

2. La cultura contribuye a modelar la forma y naturaleza de nuestras comunidades: tenemos nuestra cultura marista, la cultura de los miembros del grupo, la cultura del país donde se encuentra la comunidad. Indica el papel positivo que la cultura ha jugado en la vida de las comunidades en las que has estado. ¿Qué malentendidos han surgido debido a la cultura?

3. ¿Qué papel desempeña –si es que lo desempeña- la soledad y la separación en tu vida dentro de una comunidad? ¿Es para ti una carga, o lo vives como una fuente de crecimiento, o sientes ambas cosas a la vez? Explícalo, por favor.

PARTE II

Las comunidades religiosas como grupos

Los miembros del 20° Capítulo nos lanzaron el reto de hacernos responsables de que nuestras comunidades maristas sean lugares donde haya un crecimiento humano y espiritual.³ Sabemos que no es una tarea fácil de emprender, pero podemos descansar confiados en que Dios nos dará los dones y gracias necesarios para completar la labor.

La psicología puede proporcionarnos algún apoyo en este terreno. En los años que siguieron al Concilio Vaticano II, muchos de nuestros hermanos encontraron en esa ciencia una fuente de mayor conocimiento personal. También les llevó a entender con más profundidad las dinámicas que funcionan en la vida comunitaria y en cualquier otra parte.³¹

Siendo cierto que la psicología ha sido una ayuda para vivir en comunidad con más plenitud, en estos últimos años los sociólogos nos vienen recordando que ellos también tienen algo que decir sobre el particular. La psicología tiende a centrarse en el individuo, en tan-

to que la sociología se orienta hacia el grupo. Por esta razón, es posible que en ésta encontremos una visión más completa que la que ha ofrecido la psicología, de cara al conocimiento de la realidad comunitaria.



LOS GRUPOS

Un grupo existe cuando tres o cuatro personas no relacionadas entre sí se reúnen e interactúan de una manera estable. Por tanto, una dimensión importante de toda comunidad marista la constituye esa propia realidad de que es un grupo.

Hay grupos de todas las formas y tamaños, y sirven para una diversidad de propósitos. Por ejemplo, cuando un hombre desempeña su empleo pertenece a un grupo de trabajo. La tarea común que le ha reunido a él y a sus colegas da la definición de ese tipo de comunidad.

Los sociólogos nos dicen que también se puede definir un grupo por el grado de compromiso que requiere. En una *comunidad intencional*, pongamos por caso, uno se compromete libremente a vivir, trabajar, orar y recrearse con un determinado grupo de personas, en tanto que en una *asociación* invertimos sólo una cierta parte de nuestros recursos en el grupo para alcanzar una meta o un objetivo concretos.³²

En el pasado parece que no había otro tipo de comunidad religiosa que el de la *comunidad intencional*. La condición de miembro exigía un precio. El espíritu de mortificación caracterizaba la vida de los componentes del grupo, los cuales tenían que entregar su tiempo y sus energías con generosidad. También se aprendía rápidamente que la misión trascendente de la comunidad estaba por delante de sus necesidades particulares. Uno llegaba a entender de manera intuitiva

tiva que lo que a él le llenaba personalmente quizá podría obstaculizar el desarrollo efectivo del carisma del grupo.

Recogiendo nuestra propia historia, el sacrificio nos vinculaba al Instituto: se nos pedía que vistiéramos de determinada forma, que asumiéramos tales o cuales trabajos sin previa consulta, que aceptáramos la voluntad del superior, y que siguiéramos lo que ahora en retrospectiva podríamos denominar benévolamente un estricto reglamento cotidiano.

Determinados rituales y rutinas –en muchos casos procedentes del tiempo de Marcelino– marcaron nuestra vida en el Instituto a partir de la formación inicial. Celebrábamos ciertas festividades, tales como las cinco grandes fiestas marianas, observábamos costumbres que nos habían sido transmitidas, y teníamos el capítulo de culpas.

Por el contrario, el modelo de *asociación* se puede ilustrar con el ejemplo de un hermano que, a todo efecto práctico, está viviendo solo de una manera más o menos continua. Él mantiene su independencia personal y un amplio margen para disponer de su tiempo libre. Al final sucede que los hermanos de su provincia o distrito, y el Instituto en general, tienen la sensación de que les queda poco derecho a exigir algo de él.

Esta situación confunde hoy a bastantes hermanos y también a jóvenes que aspiran a hacer suyo nuestro tipo de vida. Por ejemplo, un candidato me preguntaba recientemente: “¿Desde cuándo eso de vivir solo de modo permanente, buscarse un empleo propio y decidir autónomamente sobre el uso de casi todo el tiempo libre, con escuetos contactos tangenciales con la provincia y el instituto, ha dejado de llamarse ‘vida de soltero’ y ha pasado a ser otra forma de comunidad marista?” Los institutos religiosos que se orientan hacia ese

modelo de asociaciones corren el riesgo de no durar más allá de la generación presente.

El hecho de que plantee estas cuestiones de las comunidades intencionales y las asociaciones no significa que esté abogando por un retorno a las rígidas estructuras del pasado. Sencillamente se trata de familiarizarnos con lo que los sociólogos dicen acerca de ambas, con el fin de aprender algunas lecciones importantes sobre la vida marista y su futuro. ¿Tenemos la apertura suficiente para soñar cómo podría ser hoy una comunidad intencional marista, tal como aquí la definimos y a la luz de las diferencias culturales que se dan en nuestro Instituto y de todo lo que hemos aprendido en los últimos cuarenta años de renovación?

El asunto de la vida comunitaria es urgente en nuestro Instituto hoy. Yo creo que nuestra misión marista y nuestro modo de vida acabarán por morir en las provincias y distritos donde hay hermanos –cada vez más– que están o viviendo solos, o como si lo estuvieran, dada la escasa relación que tienen con los otros miembros de la comunidad.

Me temo que un resultado parecido cabe esperar en las unidades administrativas donde los hermanos continúan tolerando un nivel de activismo del que lo menos que podemos decir es que bordea lo patológico, o piensan que la elección de comunidad es un asunto personal y siguen buscando razones para mantenerse en el mismo sitio año tras año.

Jamás se pensó que la vida religiosa consistiera en un grupo de personas que se reúnen meramente para vivir en camaradería o interactuar superficialmente. Más bien estamos llamados a ser presencia retadora en nuestro mundo. Esta finalidad sólo puede llevarse a efecto si dejamos que Dios nos manifieste su deseo a través de la mediación de nuestros hermanos. Y esto vale tanto a la



Desdichadamente,
al no haber
comprendido
bien el auténtico
significado
de la virtud
de la caridad,
no pocos
han perdido
la capacidad
de decir
la verdad.

hora de constituir las comunidades como para las tareas que se nos encomiendan en nombre del Instituto y otras áreas de nuestra vida.

GRACIA COSTOSA

La vida comunitaria es un espacio donde se hace evidente la debilidad que aportamos cada uno. Por lo tanto, es bueno que nos hagamos a menudo estas preguntas: ¿Estamos dispuestos a colocar nuestras legítimas necesidades humanas detrás de los objetivos generales de la comunidad? ¿Es eso visible en nuestro modo de vivir, orar y compartir la vida? ¿Estamos disponibles para asumir la responsabilidad de revitalizar y animar nuestras comunidades, o pasamos el tiempo criticando a los que lo hacen?

¿Se percibe en nosotros el discipulado en el día a día comunitario tan claramente como en las tareas apostólicas que llevamos a cabo en el nombre de Jesús?

Dietrich Bonhoeffer, pastor luterano cuyas convicciones fundamentadas en el mensaje del evangelio le costaron la vida durante la Segunda Guerra Mundial, escribió cosas conmovedoras acerca de la experiencia del discipulado. Para él había una distinción entre gracia costosa y gracia barata, utilizando sus términos.³³

La primera es un don que debemos pedir. Cuesta el precio de nuestras vidas, y es gracia porque a cambio recibimos la única vida verdadera que vale la pena tener. Por el contrario, no se paga nada por la gracia barata; es gracia sin discipulado, sin la cruz, sin Jesucristo vivo y encarnado.

Desdichadamente no faltan quienes, asustados por el precio de la gracia costosa, escogen a cambio el consuelo de la gracia barata. Al vernos incapaces de soste-

neros cuando emprendemos la aventura de la vida comunitaria marista contemporánea, puede que echemos de menos el remedio de esa gracia.

La fe tiene sus consecuencias. El discipulado nos exige que sacrifiquemos nuestra comodidad personal, que asumamos ciertos riesgos, y que actuemos con valentía. Jesús hablaba muy en serio cuando presentó su reto: “El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga.”³⁴ Es la misma seriedad que manifestó al prometer a cambio el ciento por uno en este mundo y después la vida eterna.

ETAPAS EN EL CRECIMIENTO DE UNA COMUNIDAD

He mencionado anteriormente que toda comunidad marista es un grupo. Hemos de asumir por tanto que, más que permanecer estáticos, atravesaremos varias etapas desde el momento en que los miembros se reúnen por primera vez hasta que la comunidad llega a su fin, al producirse la marcha de algún hermano o la llegada de otros nuevos.

La primera etapa en la formación del grupo consiste en la sencilla experiencia de *juntarse*. La comunidad se constituye. Las siguientes etapas son *descubrir las diferencias entre los miembros comunitarios, establecer normas para el grupo, y finalmente llevar adelante la tarea de vivir y servir juntos*. Cada etapa requiere su tiempo de desarrollo, y si nos saltamos alguna, corremos el riesgo de perder la oportunidad de vivir juntos de una manera que sea a la vez auténticamente humana y profundamente espiritual.

Para la mayoría de nosotros, la primera etapa en la vida de la comunidad a la que vamos supone un período de adaptación. Los comienzos suelen estar cargados de dificultades; en una situación desconocida todos ne-



cesitamos un tiempo para orientarnos. Cuando pasamos a formar parte de una comunidad nueva, por ejemplo, probablemente lo primero que haremos será tratar de encontrar nuestro propio sitio en el grupo. Si nos sentimos ansiosos e inseguros es fácil que empecemos a comparar nuestra situación presente con la que hemos dejado atrás. Sin embargo, la verdad es que casi todos mostramos lo mejor de nosotros mismos justamente cuando nos estrenamos en una nueva comunidad. Incluso aunque tengamos impresiones iniciales más bien negativas sobre el grupo y sus componentes, generalmente nos las guardamos para nosotros.

Durante esta primera etapa del desarrollo de la comunidad, los veteranos del lugar tienen que procurar no andar todo el tiempo hablando de personas y de cosas que sólo ellos conocen. Si no cuidan ese aspecto, los nuevos tendrán que estar continuamente preguntando o correrán el riesgo de verse cada vez más excluidos de la conversación cotidiana.

La tarea de elaborar el *Proyecto de Vida Comunitaria* se suele acometer también por esta época. Incluso si la comunidad ya tiene un proyecto del año anterior, siempre es bueno volver a reflexionar sobre sus detalles y consensuarlos de nuevo. Y eso hay que hacerlo necesariamente cuando se produce un cambio de hermanos en la comunidad.

Cada vez que alguien marcha y alguien viene tenemos nueva comunidad, lo cual requiere volver a empezar en diversos aspectos. Aunque algunos se lamenten del esfuerzo que lleva elaborar o revisar un *Proyecto de Vida Comunitaria*, y lo vean como una pérdida de tiempo y energía, pensad que con invertir un poco de tiempo para esas cosas al principio de la temporada se pueden cosechar grandes beneficios a largo de los doce meses siguientes.

¿Cuál es la mejor manera de definir la segunda etapa en la formación de una comunidad marista? Con estas palabras: *descubrir las diferencias*. Para que sigamos avanzando más allá de la primera fase del juntarse, debemos saber discrepar como hermanos, incluso acaloradamente a veces, y aprender a resolver nuestras diferencias poniendo cada uno su parte. Desdichadamente, al no haber comprendido bien el auténtico significado de la virtud de la caridad, no pocos han perdido la capacidad de decir la verdad. En lugar de ello, preferimos el silencio para mantener la paz.

La virtud de la caridad se practica cuando hablo con sinceridad desde el respeto hacia el otro. Y lo hago así ya sea la verdad grata o amarga. No tengo por qué decir la verdad entera, al menos tal como la veo yo, de golpe, pero la caridad me pide que diga la verdad. Es mucho más positivo, por ejemplo, responder a un hermano con franqueza en una reunión comunitaria que pasarse el resto de la semana contando a todos los demás lo que quería haberle dicho. La primera respuesta es fraternal, la segunda es condescendencia.

De modo semejante, permanecer callado y permitir que una persona que está enojada, encerrada en sí misma, o que abusa del alcohol, bloquee a la comunidad con su conducta, tiene poco que ver con vivir el evangelio. Al optar por no intervenir todos los que forman el grupo quedan dañados.

Recuerda: nuestras comunidades maristas son sistemas.

Lo que pasa en la vida de uno de los hermanos tiene ramificaciones en todos los del grupo. Muchas veces etiquetamos a la persona que está causando dificultades –desde nuestro punto de vista– como la fuente de los problemas; pero luego guardamos silencio y con ello



nos confabulamos contra esa persona y aumentamos la desintegración del grupo.

Saber discrepar y acertar a resolver las diferencias son destrezas que pueden adquirirse. Y tenemos que aprenderlas. ¿Qué otra alternativa nos queda? ¿Retorcemos las manos con desesperación por el estado de nuestra comunidad local? Bien sabemos que con eso haremos muy poco por cambiar la calidad de vida dentro del grupo.

Durante esta segunda etapa en el desarrollo de la comunidad es posible que se advierta en algunos hermanos una cierta lucha por el control de la situación. Puede que algunos –pocos- traten de medir su influencia en el grupo, y lo hagan habitualmente de una manera sutil. Otros quizá intenten establecer una jerarquía de importancia entre los miembros comunitarios basándose en la edad, titulaciones académicas, una actitud progresista o tradicional hacia la vida religiosa y su renovación, u otros criterios.

¿Cuál es el mejor antídoto para contrarrestar las maniobras de esos miembros que quieren obtener mayor poder dentro de la comunidad? Aseguraos que todos los del grupo han tomado conciencia de su valía personal.

Esta segunda etapa de desarrollo es un momento incómodo en la vida de toda comunidad. El miedo al conflicto y a la falta de disposición por parte de algunos para aceptar las naturales diferencias que existen entre los miembros de cualquier grupo puede llevar a que se decline toda la responsabilidad en un líder fuerte. En consecuencia, se eluden muchas decisiones que deben tomarse por el grupo en su conjunto. Cuando esto ocurre, el crecimiento de la comunidad se resiente.

Las normas se establecen durante la tercera etapa en la formación de una comunidad marista. Una vez pues-

tos de acuerdo en que se puede no estar de acuerdo, los miembros de la comunidad se hallan en condiciones de hablar abiertamente sobre sus esperanzas y decepciones, y llegar por esa vía a un consenso en torno a los detalles de la vida en común. ¿Quién va a administrar las finanzas del grupo? ¿En qué momentos y de qué manera vamos a hacer la oración comunitaria? ¿Qué responsabilidades tienen los unos para con los otros? Éstas son sólo algunas de las muchas preguntas que hay que responder.

Obviamente, nuestras Constituciones juegan un papel muy importante en la vida del grupo en esta etapa. Si nos hemos comprometido a formar una comunidad que sea una fuente de crecimiento espiritual, emocional e interpersonal, tendremos que analizar en grupo las directrices que hallamos en ese documento y también en el *Mensaje* del 20° Capítulo General.

Finalmente, habiendo pasado por las etapas de *reunirse, descubrir las diferencias, y establecer normas*, la comunidad llegará a la última fase de su desarrollo inicial: *llevar adelante la tarea encomendada*. ¿Qué conlleva esta etapa exactamente? Habiendo echado un sólido cimiento para la vida en común, estamos ahora en disposición de asumir las realidades cotidianas que todo grupo tiene ante sí. Todo marchará bien si se favorece el respeto hacia los otros hermanos de la comunidad, y si reina un buen clima de entendimiento mutuo.

En esta cuarta etapa, por tanto, ya podemos llevar a cabo, como comunidad, la tarea que tenemos en nuestras manos: ser hermanos los unos para los otros y proclamar la *Buena Noticia* de Jesús a los niños y jóvenes desfavorecidos.

Una observación final. Hemos dicho que, cuando se forma una comunidad, sus miembros atraviesan por diversas fases. De la misma manera, cuando uno o más



cambian de lugar, también hay un proceso.

Podemos tener una oración especial seguida de una celebración. Eso ayudará a todos los compañeros a dar realce al cambio que está teniendo lugar, y contribuirá a canalizar los sentimientos que inevitablemente lo acompañarán. Cuánto mejor si además, durante una reunión, algunos de los presentes le dicen al que se va lo mucho que su presencia ha significado para ellos personalmente y para la comunidad en general.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Indicaciones: Resérvate un tiempo personal para poder responder a las preguntas siguientes. Cuando lo hagas utiliza libreta y lápiz para ir apuntando las cosas que te gustaría recordar más tarde. Te vendrán a la memoria más fácilmente si has tomado notas que te pueden ayudar. Esos mismos apuntes te serán muy útiles en cualquier reunión comunitaria o de ámbito más amplio en la que se discutan estas cuestiones.

1. Echa una mirada atrás en los últimos años y recuerda el momento en que fuiste destinado a una nueva comunidad:

a) ¿Se parecía el proceso de tu integración en esa comunidad a la descripción que hemos ofrecido aquí?

b) ¿Fue tu nueva comunidad capaz de pasar por la etapa de “descubrir las diferencias”? Si es así, por favor, detalla la experiencia. Por el contrario, si esa etapa no se recorrió, ¿cuáles fueron los obstáculos que impidieron a los hermanos hacerlo?

2. ¿Qué respuestas darías a las preguntas de este examen que sigue?

a) ¿Es el deseo de Dios, mediado a través de mis hermanos, la fuente de mi llamada a la misión y a la comunidad, o soy yo el que determina ambas llamadas?

b) ¿Acepto el hecho de que mis legítimas necesidades humanas no pueden anteponerse a las metas generales de la comunidad? ¿Se evidencia ese hecho en la forma en que vivo, oro y comparto mi vida?

c) ¿Estoy dispuesto a tomar responsabilidades en la vida y dirección de mi comunidad, o paso el tiempo criticando a los que lo hacen?

d) ¿Estoy abierto a las indicaciones que me hacen mis hermanos? ¿Sé aceptarlo cuando es adecuado y acierto a responderles con respeto cuando no lo es?

e) ¿Es visible el espíritu de discipulado en mi vida diaria de comunidad como lo es en la labor apostólica que desempeño en el nombre del Señor?

PARTE III

Retos concretos en la vida comunitaria marista de hoy

¿Cuáles son los retos más significativos que se nos plantean en la vida comunitaria marista de hoy? Sin tratar de elaborar una lista exhaustiva, me gustaría llamar la atención sobre varios de ellos.

Primeramente, como antes he dicho, tenemos ante nosotros la tarea de clarificar lo que queremos decir con la palabra *comunidad*, a la luz del mundo multicultural en que el Instituto se encuentra inserto, y las tradiciones que hemos recibido desde los tiempos del fundador. La vida comunitaria presenta muchos rostros diferentes en la Iglesia y el mundo de hoy; no todos los institutos religiosos la conciben de la misma manera. Necesitamos llegar a un acuerdo para alcanzar una definición distintiva de los hermanos de Marcelino.

Después, las funciones del responsable de comunidad o superior merecen alguna reflexión. Hay provincias y distritos en que su papel ha quedado reducido a poco más que el de patrón de la pensión, cosa que suena muy lejos de lo que se supone que un animador debe ser.

Otro desafío que nos atañe a muchos ahora también es conseguir una mayor sencillez de vida en la comunidad local en que vivimos y en las comunidades de la provincia respectiva en general. Las Constituciones son claras en esta materia. ¿Pero cómo podemos hacer más efectiva la visión que nos ofrecen?

Finalmente, está el eterno reto de la gente difícil en comunidad: los que coleccionan injusticias, los plañideros crónicos, los negativos, los que tienen reacciones fuertes, por citar algunos. Aunque sean pocos, el impacto que causan en una comunidad local puede ser grande, ciertamente.

Como lo es también el dilema que se nos plantea cuando nos toca decidir cuál es la mejor manera de ayudar a un hermano adicto al alcohol, a la comida, o al Internet, o al que está atravesando por un período de crecimiento en su vida particularmente confuso y doloroso. ¿Qué responsabilidad tenemos para con ellos en concreto y con la comunidad en su conjunto?

Dejando esto dicho, vamos a echar un rápido vistazo a los cuatro retos reseñados.

AVANZAR EN LA DEFINICIÓN DE LA VIDA COMUNITARIA MARISTA

Hay muchas maneras de diseñar la vida comunitaria. Se cuenta la historia, por ejemplo, de un sacerdote dominico que preguntó a un colega jesuita cuántas comunidades tenían ellos en el mundo. Éste le respondió sin la menor vacilación: “Todo depende del número de religiosos que tengamos en un determinado momento”. El comentario puede ser injusto con nuestros cohermanos jesuitas, pero el asunto de la historia es evidente.

El objetivo que me he marcado en esta carta es tra-



tar de clarificar cuál es nuestra manera específica de vivir la comunidad como maristas. Un punto está muy claro: en nuestro Instituto, la comunidad supone vivir juntos físicamente, cara a cara, e implicarse íntimamente en la vida del grupo. Es el mensaje que leemos en el capítulo dedicado a la comunidad en las Constituciones; mensaje que se ve igualmente reflejado en cualquier otra parte de las mismas. Por poner un ejemplo, esto es lo que dice sobre la comunidad el artículo 82, dentro del capítulo que trata de la vida apostólica:

En una comunidad de apóstoles

Nuestro apostolado es comunitario.
Comienza con el testimonio
de nuestra consagración, vivida fraternalmente.
Toda la comunidad se muestra solidaria,
sosteniendo y estimulando a cada miembro
en su trabajo apostólico.³⁵

En este terreno de la comunidad cada Instituto tiene sus propias tradiciones. Por consiguiente, hay bendiciones únicas al igual que desafíos únicos en nuestro modo marista de vivirla. A nosotros hoy nos corresponde la tarea de adquirir las habilidades necesarias para vivir bien la vida en común y capacitar a nuestros hermanos para que las utilicen.

No cabe la menor duda de que la comunidad era una cuestión central en la visión que Marcelino tenía de nuestra vida. En su carta circular del 12 de agosto de 1837 escribía: “Qué agradable y halagador es para mí pensar que dentro de algunos días tendré la deliciosa sensación de deciros con el salmista, mientras os estrecho en mis brazos, ‘*Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*’ Es para mí un dulce consuelo teneros a todos reunidos de nuevo, con un solo corazón y

un mismo espíritu, formando una sola familia, no buscando sino la gloria de Dios y el interés de su santa religión.”³⁶

El fundador modeló también muchas de la virtudes que sirven para construir la vida comunitaria. Juan Bautista nos cuenta este episodio en el que intervienen Marcelino y uno de sus hermanos: “Un día, habiéndole entregado a un hermano joven la carta de obediencia para una escuela que no estaba lejos, abrió el cajón de su escritorio para darle algún dinero. Al ver que sólo quedaban dos francos y cincuenta céntimos, el hermano le dijo que no necesitaba dinero, pues podía llegar a su destino sin gasto alguno.

‘Es posible, hijo -le respondió el Padre-, pero puede sucederle cualquier imprevisto y no quiero que se encuentre en necesidad y sin tener con qué remediarla. Es cierto que ya no queda nada, pero la Providencia nunca nos abandona.’ Y al decir esto le entregó la mitad del dinero que tenía.”³⁷

La preocupación del fundador por sus hermanos y su bienestar, su disposición a hacer lo que hiciera falta en favor de ellos, su realismo y espíritu fraterno se manifiestan con nitidez en la historia de Marcelino.

EL RESPONSABLE COMUNITARIO O SUPERIOR

Nuestras Constituciones nos dicen que el responsable o superior de la comunidad “ayuda a crear un clima de entendimiento y de armonía entre los hermanos. Estimula y coordina el esfuerzo común y garantiza la continuidad y la unidad de acción de todos.”³⁸

A pesar de estas inspiradoras palabras, hoy en día pocos hermanos del instituto hacen cola para ofrecerse como superiores. Algunos se sienten escasamente dota-



dos para un reto semejante e insisten en que carecen de las destrezas necesarias. Como me dijo uno recientemente: “En mi Provincia actualmente, para ser superior local se requiere la capacidad de un director espiritual, de un terapeuta, de un experto en la resolución de conflictos, y tener el buen sentido de saber que algunos no van a cambiar al acabar el día.”

Sin embargo la idea que yo tengo de la labor de un superior local es bastante simple. De todos modos, antes de explicároslo debo decir que hay gracia abundante a disposición de los que aceptan el deseo de sus hermanos y asumen esta importante tarea de servicio. Sólo nos hace falta pedir esa gracia y la obtendremos; el Señor no nos pone la carga sin proporcionarnos también buen humor y todo lo que sea necesario para llevar a cabo esa misión.

El superior de una comunidad marista tiene señalados tres deberes: uno, pasar la entrevista con los hermanos; dos, animar la oración del grupo; tres, convocar las reuniones comunitarias.³⁹ Él no tiene por qué echarse encima la responsabilidad de llevar a cabo por sí solo las tres cosas, lo que le toca es iniciarlas. De esa manera llegará a apreciar más plenamente la vida de sus hermanos, y entenderá con más hondura las dinámicas que se mueven dentro de todo grupo cuyos miembros llevan la vida en común.

Por ejemplo, no es tarea del responsable comunitario la planificación y la animación de las oraciones. A él lo que le incumbe es organizar a los hermanos de la casa y proporcionarles los recursos que precisen para preparar bien la oración y darle significado.

Lo mismo sucede con las reuniones comunitarias. Al superior local no le corresponde de suyo dirigir esas sesiones; otros en el grupo pueden estar mejor capacitados para ello. Pero es él quien debe señalar un tiempo

y un espacio regular para que los hermanos de la comunidad se reúnan y reflexionen sobre su vida en común.

Así como la mayoría de los superiores comunitarios aceptan estos dos aspectos de su ministerio, habrá bastantes que se mostrarán remisos con el asunto de la entrevista con los hermanos. No faltan los que protestan: “Yo no soy ni psicólogo ni asistente social.” A lo cual replico yo: “Gracias a Dios.” Porque por muy importantes que puedan ser esos roles en numerosas culturas, el responsable de la comunidad debe ser, ante todo, un hermano entre sus hermanos. Y como mejor les puede servir es escuchándoles atentamente, siendo para ellos una fuente de ánimo cuando están desalentados y brindándoles motivación cuando necesitan acompañamiento.

¿Cuál es el mejor consejo que puedo dar a un superior local sobre cómo entrevistar a los hermanos? Éste: regresa por un momento a la última vez que tuviste una conversación con un amigo. Seguro que recuerdas el intercambio sencillo que tuvo lugar. Pues trata de llevar ese mismo ritmo relajado en la entrevista con un hermano de la comunidad y todo lo demás vendrá por añadidura.

SENCILLEZ DE VIDA

Leemos en nuestras Constituciones:

“Guiados por la Iglesia
y según nuestra vocación propia,
nos hacemos solidarios de los pobres
y de sus causas justas.

Les damos preferencia
allí donde nos encontremos.

Apreciamos los lugares y casas que nos permiten
compartir su condición



En plan
más serio
digamos que
la sencillez
en el estilo
de vida refleja
muy a menudo
la sencillez
de corazón
y espíritu

y aprovechamos las ocasiones
que nos ponen en contacto
con la realidad
de su vida cotidiana.”⁴⁰

En otro lugar, más tarde, encontramos estas palabras: “Cualquiera que sea el tipo de residencia y su ubicación, estará siempre limpia, y de tal manera acondicionada que trasluzca la pobreza.”⁴¹ Y añadido otra cita: “Vivimos concretamente la pobreza personal y comunitaria llevando una vida laboriosa y sobria y evitando lo superfluo.”⁴²

En calidad de discípulos de Jesús tenemos una llamada constante a dejar a un lado las comodidades estériles que sólo sirven para domesticar el espíritu y debilitar nuestra sed de Dios. Adoptar un estilo de vida sencillo, incluso austero, no sólo nos libra de nuestras preocupaciones inherentes a la posesión personal sino que nos capacita para ser más efectivos en nuestro servicio entre los que son materialmente pobres.⁴³ Aunque la situación varía de unos países a otros, y de unas culturas a otras, dondequiera que haya una comunidad marista todos deben notar que sus miembros reflejan el espíritu y la práctica de las Bienaventuranzas en sus vidas cotidianas.⁴⁴

Una vez más el endocentrismo y el egoísmo pueden fácilmente ganarnos la partida aquí. Además corremos el riesgo de poner rápidamente a un lado los valores evangélicos y abrazar los valores culturales ambientales que están en oposición con el mensaje de Jesús. El abandono de los valores evangélicos se hace particularmente manifiesto cuando hay acumulación de bienes.⁴⁵

Hubo una costumbre que se mantuvo durante bastantes años en varias provincias y distritos: al acabar la temporada, y antes de dirigirse a sus ocupaciones vera-

niegas, los hermanos empaquetaban sus efectos personales en un baúl. Esta costumbre tenía una doble intención. La primera, dado que los destinos para el año siguiente solían distribuirse durante el retiro de la provincia al final de verano, el tener ya embalado el ajuar al acabar el curso facilitaba el trabajo a los que iban a cambiar de comunidad, ahorrándoles las precipitaciones de última hora.

La segunda, esa práctica permitía a los hermanos simplificar su vida al término de cada año académico. Después de todo, uno tenía que ajustar en los límites de aquel baúl todas las pertenencias que hubiera de llevarse a su siguiente destino.

Con el paso de los años esa costumbre anual de empaquetar las cosas en un baúl ha caído en desuso, pero otras la han reemplazado. Por ejemplo, no hace mucho, en una provincia, un hermano de edad mediana que se trasladaba de una comunidad a otra necesitó un furgón para transportar todo lo que había acumulado a lo largo de 25 años. Al contemplar la escena un contemporáneo señaló: “Hemos recorrido un largo trecho en el camino de la renovación. Hemos pasado del hermano de la maleta al hermano de la camioneta.”

En plan más serio digamos que la sencillez en el estilo de vida refleja muy a menudo la sencillez de corazón y espíritu que Marcelino consideraba la virtud definitiva de sus Pequeños Hermanos. Sea cual la sea la tarea que nos toca desempeñar, y sin considerar el nivel socioeconómico de aquellos a los que estamos llamados a servir, tenemos todos la obligación de dar testimonio de esta sencillez en nuestras vidas cotidianas. Más aún, nunca daremos testimonio creíble a los jóvenes y a otros en el contexto más amplio de Iglesia si nuestro modo de vida es poco más que un espejo de los valores de clase media que se dan en algunas culturas, por muy aceptables que puedan ser para muchos.



Según mencioné antes en esta circular, al hacer los votos nos comprometimos a vivir plenamente y con radicalidad la *Buena Noticia* de Jesús.⁴⁶ Las Constituciones nos recuerdan que el testimonio que ese compromiso exige de nosotros ha de manifestarse tanto en la vida comunitaria como en todos los demás aspectos de nuestra consagración.⁴⁷

HERMANOS DIFÍCILES

El asunto de la gente difícil en comunidad es complicado. Una circular de esta naturaleza tampoco pretende ser un manual de “Tratamiento de hermanos y situaciones difíciles en comunidad”. Dicho esto, os ofrezco algunas observaciones.

Primera, cuando surgen problemas en la comunidad, no hay soluciones sencillas. Si las hubiera ya las habríamos encontrado y se habrían aplicado hace tiempo.

Después, tenemos que admitir que muchas de nuestras propias acciones podrían muy bien ser catalogadas como “problemáticas” un día u otro. Todos podemos mostrarnos irascibles, obstinados, quejicosos, y absolutamente detestables de vez en cuando.

Ilustraré este punto con un ejemplo personal. Cuando yo era joven me pasé varios años estudiando psicología. El tercer año del programa que estaba siguiendo me resultó particularmente estresante. Los alumnos teníamos que trabajar aproximadamente 24 horas a la semana en un hospital que estaba unos 70 kilómetros de la universidad, más luego servir otras diez horas como consultores de estudiantes pregraduados y graduados en la clínica universitaria, sacar adelante nueve créditos cada semestre, participar en una revisión semanal con el grupo de terapeutas, e implicarnos en la consultoría individual y de grupo.

Una noche, hacia la mitad de curso, llegué a casa a las nueve. Los otros hermanos de la comunidad ya habían cenado para entonces, así que me fui directamente al horno de la cocina, saqué el plato que me habían dejado reservado y me senté a comer mientras leía el periódico.

Minutos más tarde tres hermanos de la comunidad vinieron al comedor y se sentaron a hacerme compañía. Ya lo habían hecho otras veces, así que no me imaginaba lo que vino luego. Pasados unos momentos, uno de ellos me dijo: “Tenemos que hablar seriamente, porque está empezando a ser imposible vivir contigo.” Y continuó con una lista de situaciones en las que yo había estado irritable, malhumorado, y apartado del grupo. Concluyó con estas palabras: “Nos tememos que si esto continúa así, o te vas tú de aquí o muy pocos querrán vivir en comunidad contigo.”

Fue muy duro escuchar aquella apreciación sincera de mi conducta durante los últimos meses, pero esos tres hermanos me hicieron un inmenso favor aquella noche. Debido a su intervención, yo repasé mi programa y empecé a hacer algunos ajustes. A consecuencia de ello ya no anduve tan fatigado las semanas siguientes, y por tanto estuve en mejores condiciones de participar en las actividades comunitarias. Y hubo otra cosa no menos importante: sabía que ahora tenía tres personas en la comunidad que estarían honradamente atentos a los cambios que yo había prometido hacer. Llevó varios meses cumplirlo, pero me sentí mucho mejor a raíz de aquello y lo mismo sintieron los demás miembros de mi comunidad.

PERSONAS CRÓNICAMENTE DIFÍCILES

Las personas crónicamente difíciles constituyen un reto para cualquier comunidad porque, un día sí y otro también, su conducta parece que va a volver locos a to-



dos. Aun así, hay que ser muy cuidadoso cuando se califica a alguien como difícil. Tenemos que darnos cuenta que al decir que un hermano compañero tiene actitud negativa no estamos analizando a la persona en su totalidad. Lo que hacemos es intentar controlar mejor la situación que estamos padeciendo.

¿Cuáles son algunas de las conductas que los hermanos acostumbran a tipificar como difíciles? Suelen darse éstas: quejarse continuamente, coleccionar injusticias, mostrarse negativo, comportarse de manera obstaculizadora e indecisa, reaccionar fuerte y desmedidamente, y hacer promesas irreales.

Todos podríamos aportar varios candidatos que se ajustarían cómodamente a alguna de estas categorías. Antes de llegar a conclusiones precipitadas, sin embargo, recordemos que cualquiera de nosotros ha soltado alguna vez algún vapor emocional o ha mandado con viento fresco a un buen amigo al final de un día largo y fatigoso, con lo cual fácilmente pareceríamos quejicosos crónicos a los ojos de un extraño.

Por tanto, hagámonos algunas preguntas antes de seguir adelante. Primera: ¿hemos intentado el diálogo franco y abierto como manera de abordar una conducta difícil? Muchos hablarán con todos los de la comunidad sobre el problema, menos con el hermano en cuestión. Si persistimos en esa actitud está claro que las cosas no van a cambiar.

Seguido, preguntémosnos: ¿estoy tratando con una persona que tiene un carácter recio? A lo mejor nosotros somos hipersensibles y por lo tanto nos veremos incómodos ante cualquiera que expresa sentimientos fuertes. Nos sentimos violentos cuando alguien manifiesta apasionamiento, ira o frustración. El hecho de que un compañero sea temperamental ¿me da a mí derecho para calificar su conducta como difícil? Así que

volvamos a preguntarnos: ¿Estamos ante un problema de él o también yo estoy peleando con mi propio problema personal?

Otra pregunta: ¿esa persona ha obrado de manera distinta en otras ocasiones? Si es así, a lo mejor nos replanteamos si es o no es alguien verdaderamente difícil.

Por último, ¿le sucedió algo al hermano antes de que actuase de ese modo que nos pareció ofensivo? Quizás recibió alguna noticia desagradable o se encontraba en un momento de estrés desacostumbrado en él. Ninguna de esas razones excusa una conducta errónea, pero cualquiera de ellas nos podría ayudar a entender por qué obró de esa manera, y a lo mejor ya no le consideramos un difícil crónico.

Pero con una persona realmente difícil la respuesta a cada una de estas cuatro preguntas que acabamos de plantear es abiertamente “no”. Entonces, ¿qué podemos hacer, como nos toque vivir en esas circunstancias? Si buscamos algún alivio, podemos empezar por cambiar nuestro tipo de reacción ante su conducta. Por ejemplo, en el caso de un quejicoso crónico reaccionaremos no precisamente evitándole ni ignorándole, sino más bien tratando de hacerle pasar del estado de queja a la resolución del problema.

De la misma manera, el negativo -esa persona que se las arregla para tirar por tierra toda idea nueva planteada antes de que vea la luz del día, que nos dice constantemente que eso ya se ha intentado y nunca dio resultado, y que, como último recurso, apunta al superior local o provincial-, también puede ser traído a buen puerto. Si nos limitamos a manifestar con sencillez nuestro propio optimismo realista, o preguntamos al susodicho qué es lo peor que podría suceder si ponemos en marcha el plan de acción que proponemos, es posible que la conversación tome otro giro.



Al cambiar nuestra manera de reaccionar ante la queja crónica y el negativismo, veremos que la situación empieza a mejorar. Sin embargo también hemos de ser conscientes de que no tenemos ninguna obligación de soportar calladamente la conducta de un compañero que esté arruinando la vida común o sea personalmente abusiva. Más bien necesitamos dar pasos para buscar la solución. Por ejemplo, los miembros de una comunidad no tienen autoridad para diagnosticar alcoholismo en un hermano cuya medida en el consumo de alcohol está alarmando a todos, pero pueden colaborar con los responsables de la Provincia para conseguir finalmente que esa persona se ponga en manos de los especialistas.

SITUACIONES DOLOROSAS

En todo instituto religioso hay miembros cuyos traumas emocionales son la fuente de un gran sufrimiento personal. Sus problemas psicológicos son tan severos que requieren intervención médica o psiquiátrica. Tenemos un ejemplo de ello cuando se producen oscilaciones extremas del estado de ánimo, que llevan a una persona a sentirse o profundamente deprimida o eufórica hasta niveles maníacos. Otro ejemplo: la disfunción del pensamiento, cuando uno distorsiona la realidad hasta el límite del sin sentido, o se vuelve tan suspicaz respecto a los demás que se queda bloqueado. Una vez más, lo que tienen que hacer los compañeros comunitarios en semejante situación es actuar junto con los responsables provinciales para garantizar que el hermano recibe la ayuda que necesita.

Finalmente, habiendo dicho todo esto, debo también puntualizar que alguna vez nos puede tocar a cualquiera vivir con un hermano de comunidad cuya conducta es claramente destructiva, y que no tiene visos de que vaya a cambiar de ninguna manera. Con frecuencia

usamos el término “caracteriológico” para describir la dificultad por la que está atravesando.

Aunque su conducta pueda provocar mucho sufrimiento en las vidas de los otros, el hermano en cuestión siente escaso dolor. De aquí que no experimente ningún impulso de cambio. Y podemos contribuir a que continúe así si construimos una vida en torno a él en lugar de construirla con él. Si lo hacemos con él, le ayudaremos a evitar las consecuencias de su detestable conducta.

Por ejemplo -y es mi opinión-, creo que no es bueno que tengamos por profundamente espiritual a un hermano que se muestra desagradable e insolidario con los que se mueven a su alrededor. No me cabe la menor duda de que Dios nos ama a todos y cada uno incondicionalmente; sin embargo me resulta difícil aceptar el hecho de que una persona que es muy espiritual pueda seguir bloqueada por una injusticia que sucedió hace mucho tiempo, o asuste a la gente con sus alteraciones de humor. Y eso es así, por muchas horas que pase luego en la capilla de la comunidad.

Al terminar permitidme señalar de nuevo que somos afortunados como Instituto ya que el número de personas verdaderamente difíciles que se dan entre nosotros es muy pequeño comparado con la mayoría de hermanos que se esfuerzan por vivir juntos en comunidad con generosidad y espíritu de sacrificio. A todos se les debe la misma caridad. En el caso de los que son demostradamente difíciles, esa caridad nos llevará a cambiar el modo de reaccionar ante su conducta y a dar pasos que vayan encaminados a conseguir la ayuda que les es necesaria.



Compañeros maravillosos
Hermano Seán D. Sammon, SG

Ésa sería una excelente impresión inicial y un recuerdo grabado en la memoria del que nos ha visitado: saber que ha estado en la casa de personas que oran.

CUALIDADES QUE SE ENCUENTRAN EN UNA COMUNIDAD MARISTA SANA

Hemos hablado ya de lo que una comunidad marista no es, y tenemos una idea de las etapas que recorre a través de su desarrollo inicial. Ahora ponemos la atención en lo que una comunidad de Marcelino puede ser y debería ser. Más importante aún, reflexionamos acerca del lugar central que el perdón y la reconciliación han de ocupar en todas las comunidades.

Muchos jóvenes manifiestan hoy su interés por esa posibilidad radical que tienen los adultos de vivir juntos en comunidad para testimoniar la reconciliación y la paz. ¿No es eso acaso lo que se espera de una comunidad marista? Ser un grupo de hermanos, y a veces también seculares, que compartan el carisma de Marcelino, reunidos en comunidad para vivir la *Buena Noticia* de Jesús. ¿Qué supone eso? Ante todo, que una comunidad marista es un centro de espiritualidad y oración. Ésa sería una excelente impresión inicial y un recuerdo grabado en la memoria del que nos ha visitado: saber que ha estado en la casa de personas que oran.

¿Por qué es tan importante la oración en la vida de nuestras comunidades? Primero, la oración nos transforma personalmente. Si oramos tenemos más capacidad de practicar la paciencia, ocultar la sabiduría, y amar con generosidad, o sea, algunas de las cualidades que nuestro fundador quería que estimásemos en mucho, cualidades que fomentan el espíritu de reconciliación. Segundo, la oración transforma nuestra manera de ver la realidad, volviéndonos más sencillos, más humildes y compasivos. Todas estas virtudes son grandes dones para la vida de una comunidad marista.

Nuestras Constituciones nos dicen que la Eucaristía ocupa un lugar privilegiado en nuestra vida de oración y en nuestras comunidades.⁴⁸ No tenemos palabras pa-

ra expresar la intimidad y unión que experimentamos con Jesús y con los demás cuando celebramos la misa. En ninguna otra parte está el cuerpo de Cristo tan físico, encarnado, tangible y disponible para la unión.⁴⁹

La Eucaristía es más radical que la Palabra de Dios que leemos en las Escrituras. La Palabra es sacramental pero menos física que el cuerpo y la sangre del Señor. Sin embargo lo que resulta hoy alarmante en numerosas comunidades es, no ya que la Eucaristía se celebre pocas veces, sino que casi parece haber desaparecido por completo de la vida comunitaria.

Tenemos que encontrar formas innovadoras para realzar esta oración de Iglesia, que fue tan importante en la vida de Marcelino y los primeros hermanos, y ahora también es central para nosotros. Compartir la Eucaristía con nuestros compañeros de comunidad nos permite sentirnos físicamente abrazados por Dios; ¿quién no suspiraría por vivir esa experiencia diariamente? Estamos en el año de la Eucaristía, y esa circunstancia nos puede brindar la oportunidad, como Instituto, de restaurar la misa en aquellos lugares donde casi se ha borrado de la vida comunitaria, y de fortalecerla en los otros sitios.

Segundo, a pesar de que una congregación religiosa no es de suyo una familia, sí que es cierto que nuestra familia personal se viene con nosotros cuando nos unimos a un grupo. No hablamos de una presencia física. Pero todo lo que nuestra familia nos enseñó de autoestima, comunicación, fe y espiritualidad, las relaciones y otros aspectos, todo eso nos acompaña al noviciado y a toda subsiguiente comunidad marista en la que vayamos a vivir.

Al salir de nuestras familias para lanzarnos a la vida, casi todos nos llevamos algunas herramientas rudimentarias que nos hacen falta para vivir emancipados. Con



el paso del tiempo empezamos a darnos cuenta de que estamos deficientemente equipados para muchos de los retos que se nos vienen encima. Los que abrazamos la vida religiosa tratamos de remediar esa situación a través de los procesos de formación.

Sin embargo, como dije antes, si bien la formación inicial pudo prepararnos para encarar el futuro, hizo más bien poco a la hora de proporcionarnos las habilidades necesarias para la vida en común. ¿Cuáles son algunas de esas habilidades? La capacidad para discrepar, para dar y recibir la felicitación, sentirse a gusto con los sentimientos de preocupación, afecto y ternura, hablar con sinceridad, y extender y aceptar el perdón con espontaneidad. Así como las diferencias culturales han de respetarse, el aprendizaje de estas y otras competencias necesarias para la vida en comunidad merece hoy un lugar en nuestros planes de formación inicial y permanente.

Tercero, al vivir en el seno de una comunidad marista, el sentido del humor sirve de mucho. Algunos nos tomamos a nosotros mismos demasiado en serio. Hay que saber reírse un poco de uno mismo. Sin eso, ¿cómo vamos a caminar por los ásperos senderos de la vida? El humor nos ayuda a reinterpretar el significado de las circunstancias y aminora el efecto de las frustraciones y reveses que son parte del día a día de nuestra existencia.⁵⁰

Es necesario que haya sentido del humor entre nosotros por otra razón importante. Se supone que nuestro modo de vida hace a la gente feliz. No me refiero a manifestaciones de hilaridad sino a ese profundo sentimiento de gozo experimentado por las personas en cuyas vidas hay sentido y objetivo, y que tienen compañeros maravillosos con quienes compartirlo. No se me ocurre mejor reclamo para la vida religiosa.

Cuarto, “la preocupación activa” por los otros miembros de la comunidad -esto es, saber tomar la iniciativa y no limitarse a reaccionar ante lo que los otros hacen-, ayuda grandemente a la construcción de vínculos sanos dentro de todo grupo del que uno forma parte. Se cuenta la historia de un hombre que pasó una vez una semana visitando a un amigo. Cada mañana, cuando daban un paseo los dos, solía pasar por allá un vendedor callejero. El amigo siempre saludaba a aquel hombre con un respetuoso “Buenos días”. Sin embargo el vendedor nunca devolvía el saludo.

Finalmente, el hombre que estaba de visita preguntó a su amigo por qué continuaba dando los buenos días a un hombre que no le hacía caso. “Porque eso es lo correcto”, dijo el amigo. “Espero que algún día él me responderá como es debido”. La lección era ésta: el amigo del visitante apelaba a la excelencia del vendedor, tanto si éste apreciaba su propia excelencia como si no.⁵¹

Quinto, la presencia de las “pequeñas virtudes” entre los miembros de una comunidad contribuye en gran manera a mejorar la calidad de vida del grupo. ¿Cuáles son algunas de esas “pequeñas virtudes”? Además de las que ya por tradición tenemos en la mente cuando empleamos ese término, hoy tendríamos que añadir: contestar al teléfono, dar la bienvenida a los que nos visitan, recordar los cumpleaños y otras ocasiones especiales, saber dar las gracias y felicitar, o simplemente decir “hola” a los que viven con nosotros.

La capacidad de celebrar es otra “pequeña virtud” significativa que mejora la vida de comunidad. Intenta responder a estas preguntas: ¿Disfrutas estando en compañía de los demás miembros de tu comunidad? ¿Cuándo fue la última vez que os tomasteis en la comunidad un tiempo juntos solamente para el disfrute de estar los unos con los otros?



Los grupos que carecen de este espíritu de celebración difícilmente pueden ser comunidades. Los que pertenecen a ellos se ven finalmente obligados a mirar fuera del grupo para dar salida a sus necesidades emocionales. Poco cuesta practicar cada una de las “pequeñas virtudes” arriba mencionadas, pero todas reunidas ayudan a crear una atmósfera comunitaria que hace que sea una bendición llegar a casa.

Una comunidad marista llena de vitalidad no surge por arte de magia. Su fuerza y su éxito no se deben ni a la amistad mutua ni tampoco a un alto grado de compatibilidad entre los miembros del grupo. Así como la mezcla concreta de personas en comunidad puede hacer el reto de la vida en común más o menos formidable, la presencia de cualidades positivas en todo grupo es el resultado del empeño serio de sus miembros. De manera semejante a una relación de amistad o a un buen matrimonio, la comunidad marista requiere que respetemos a los que viven con nosotros, que nos sacrifiquemos por el bien común y que trabajemos para que haya buen entendimiento.

Nos engañamos también cuando argumentamos que la responsabilidad de la calidad de la vida comunitaria puede recaer en los hombros de otros del grupo. Todos tenemos la obligación de renovar diariamente nuestro compromiso con los que nos rodean. Así que hazte a ti mismo esta pregunta: ¿Qué he hecho yo hoy para mejorar la calidad de vida entre los miembros de mi comunidad? Si mi respuesta es “más bien poco”, entonces me queda mucha tarea por hacer.

Por último, una comunidad marista verdadera tiene que estar impregnada de espíritu de reconciliación.⁵² Uno se entera de vez en cuando de que dos hermanos se han enemistado de tal manera que pasan años sin dirigirse la palabra. O que otros padecieron algún tipo de injusticia por parte de un superior tiempo atrás y aquel

sufrimiento se ha convertido en resentimiento, las heridas se han hecho más hondas y en este momento no quieren ni oír hablar de reconciliación. Esas heridas les tienen bloqueados de tal forma que pierden toda capacidad de mirar hacia el futuro con libertad y esperanza.

La ira es una defensa contra la humillación, una protesta contra la pérdida de autoestima.⁵³ No obstante, una cosa es sentir rabia, y otra bien distinta hacer algo por remediarla. Cuando me enfado -lo mismo que pasa con otras emociones-, la meta que me fijo suele determinar la acción que voy a emprender. Si quiero castigarte, te puedo insultar, o bien te retiro mi afecto y me recluyo en un silencio de piedra.

Por otra parte, a algunos les inculcaron la idea de que hay que saber disimular el enfado, y ahora no aciertan a verbalizarlo de tal modo que se les pueda brindar ayuda. El perdón que con tanta frecuencia está aguardando al otro lado de esta situación, no llega a aflorar.⁵⁴

La reconciliación es otra forma de abordar los enfados. Esto se efectúa a través de un proceso mediante el cual *optamos* por impedir que la herida que hemos sufrido se interponga en el camino de nuestra relación que debe continuar, y *decidimos* responder a quienquiera que nos haya hecho daño en lugar de permanecer encerrados en nuestro sufrimiento. Aquello que pasó queda perdonado en consideración de quien lo hizo. Y estas decisiones y opciones las tenemos que tomar nosotros, aunque puede suceder que el proceso de reconciliación se nos ponga particularmente difícil debido a las diferencias culturales, la carencia de un lenguaje adecuado para expresar reacciones emotivas, o el haber vivido experiencias dolorosas en anteriores conflictos personales. Pero si no lo hacemos correremos el riesgo de quedarnos recluidos en el dolor de nuestro enojo la mayor parte de las veces.



La reconciliación se efectúa a través de un proceso mediante el cual optamos por impedir que la herida que hemos sufrido se interponga en el camino de nuestra relación que debe continuar

El perdón, por tanto, supone opción y decisión, y también conlleva un proceso, como estamos diciendo. Toda herida necesita tiempo para curarse, y la confianza traicionada en una relación sólo se reconstruye gradualmente. Pero a veces pueden salir mejor las cosas si ritualizamos el proceso de la reconciliación. A través del símbolo y la palabra, en una atmósfera de oración, manifestamos que nuestras relaciones son frágiles, y que, a pesar de ello, queremos volver a acercarnos a aquel con el que hemos roto. La sanación que surge en un momento como éste no se limita en exclusiva a las personas directamente afectadas: esta reconciliación es una gracia para la comunidad entera.

El perdón es igualmente una espada de dos filos. Cuando se producen heridas son pocas las veces en que sólo una de las partes tenga que cargar con la culpa. Cuando repaso las circunstancias tengo que admitir que yo también contribuí a ello. De esta forma el perdón verdadero se apodera de mi herida. Ya no puedo usarla en contra del otro.

¿Existen en la vida disgustos y heridas que sean imposibles de curar? No, si estamos abiertos a la gracia de Dios y dispuestos a concedernos tiempo para la reconciliación. En todo esto haremos bien en recordar la palabra del Señor cuando nos habla de perdonar setenta veces siete.

La reconciliación nos ayuda a situarnos ante nuestra propia debilidad, y de esa manera crece en nuestro corazón la compasión y el amor. Con un corazón así podremos mirar a la cara de todos los compañeros de comunidad y verlos como hermanos. Cuando esa capacidad se va desarrollando gradualmente en nuestro interior, entonces llegamos a la plena conciencia de que sea la hora que sea, ya no es de noche en nosotros.

AMOR Y VIDA COMUNITARIA

Los que creen que el amor es cosa fácil pueden dividirse en tres grupos: uno, los santos, que tras muchos años de práctica dolorosa han hecho del amor un hábito; dos, los manipuladores, que confunden la gratificación personal con el amor verdadero; tres, los románticos desesperados, para quienes el amor no es más que una ilusión.⁵⁵

Födor Dostoiewsky presenta esta distinción de otra manera en su novela *Los Hermanos Karamazov*. En ella se relata el encuentro entre una “mujer de poca fe” y el padre Zósimo, un santo monje. Ella ha venido a verle porque tiene dudas sobre la existencia de Dios.

Zósimo le dice que él no puede demostrar la existencia del Todopoderoso, pero que uno puede llegar a convencerse de ello a través de la práctica del amor activo. “Procura amar a tu prójimo con entrega y sin cantarte”, le dice.

“A medida que vayas progresando en el amor, más convencida estarás de la existencia de Dios y de la inmortalidad de tu alma. Y si consigues alcanzar un absoluto y verdadero desinterés personal en el amor a tu prójimo, entonces sin duda llegarás a creer y la duda no podrá ni siquiera rozar tu alma. Eso está comprobado. Es cierto.”

La mujer replica contándole a Zósimo los momentos en que sueña con dejar todo lo que tiene y hacerse hermana de la caridad. Entonces, ¿por qué vacila? Porque no podría soportar la ingratitud de aquellos a los que quiere servir.

La respuesta del sacerdote va directamente al fondo de la cuestión. “El amor contemplativo está sediento de realizaciones inmediatas, y de la atención general. Uno



está dispuesto incluso a dar su vida, con tal que esto no se prolongue demasiado, que termine rápidamente y como en el teatro, bajo las miradas y los elogios del público. En tanto que el amor activo es algo cruel y espantoso.”

¿Qué significado encierra este relato? El siguiente: que la vida en comunidad hoy exige que estemos dispuestos a vivir un amor exigente y retador más que un amor que sólo se produce en los sueños. Ése es el tipo de amor al que se refería el padre Champagnat cuando decía a sus primeros hermanos: “Sabéis que sólo respiro por vosotros; que no existe ningún bien que no pida a Dios cada día para vosotros y no esté dispuesto a conseguíroslo a costa de los mayores sacrificios.”⁵⁶

Si podemos continuar viviendo con gratuidad y generosidad, incluso aunque no recibamos nada a cambio, entonces empezaremos a entender más profundamente la naturaleza divina del amor. El amor de Dios se mantiene firme incluso aunque lo demos por garantizado. Nuestro sentimiento de soledad no es más que una señal de la sed que sentimos de Dios, un recordatorio de que nuestros corazones fueron hechos para él y no para otro. Al hacer de Jesús el centro y la pasión de nuestras vidas, llegamos poco a poco a compartir su soledad redentora, y en esa soledad es donde sanamos y nos hacemos uno.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Indicaciones: Resérvate un tiempo personal para poder responder a las preguntas siguientes. Cuando lo hagas utiliza libreta y lápiz para ir apuntando las cosas que te gustaría recordar más tarde. Te vendrán a la memoria más fácilmente si has tomado notas que te pueden ayudar. Esos mismos apuntes te serán muy útiles en cualquier reunión comunitaria o de ámbito más amplio en la que se discutan estas cuestiones.

1. ¿Cuál es tu definición personal de la vida comunitaria marista? Por favor explica por qué son significativos para ti los elementos que señalas en esa definición que das.

2. Trata de describir a una persona difícil con la que hayas vivido en comunidad. ¿Cómo abordaste esa situación entonces? ¿Cómo actuarías en una situación similar ahora?

3. ¿Hay acontecimientos pasados en tu vida que necesiten sanación, o una relación que hay que recomponer? Traza un plan indicando los pasos que vas a dar en el plazo de un mes para poner en marcha el proceso de curación y reconciliación.

CONCLUSIÓN

Hermanos, al llegar al término de esta circular nos encontramos de nuevo en el punto de origen cuando hablábamos de la cuestión del discipulado. Porque en el ser y el hacer al modo de Jesús llegamos a entender mejor nuestra identidad de Pequeños Hermanos de María y a descubrir y apreciar como un tesoro la vida comunitaria. La contemplación juega un papel importante en esto, pero me refiero a la contemplación como una forma de ver que tiene su fuente en Dios, más que como un descanso pasivo en el Todopoderoso.⁵⁷

El redescubrimiento de las Escrituras que surgió en los años posteriores al Concilio Vaticano II ha cambiado nuestra visión de Dios de una manera significativa. Habiéndonos desprendido de aquella imagen distante de proveedor de la historia, se nos presenta al fin como Él mismo. Podemos descansar seguros en la certeza de que Dios está plenamente comprometido en la transformación de nuestro mundo. Los relatos del evangelio nos recuerdan que allí donde la vida quedó dañada, vino Jesús y la restauró; donde el espíritu humano quedó aprisionado, Él hizo sentir su presencia y lo liberó.⁵⁸

El clamor de los pobres y de los que viven en la marginación social eran tan grandes que Jesús no paró de predicar y anunciar la *Buena Noticia*, incluso a costa de su vida. Fue condenado precisamente porque dejó bien claro a favor de quién y de qué estaba. Ciertamente el Dios que contemplamos en Jesús es un Dios que nos inunda de amor incondicional, y cuya fidelidad jamás podremos cuantificar. Sí, el nuestro es un Dios que camina en medio de su pueblo.⁵⁹

Como cristianos tenemos en la vida de comunidad una llamada importante que nos identifica no sólo como Pequeños Hermanos de Marcelino sino también como discípulos de Jesús. En su discurso durante la Última Ce-

na, Jesús retó a sus apóstoles - y con ellos a todos los que habrían de venir después- a dar a las futuras generaciones el testimonio de que Él había sido enviado al mundo por su Padre. Muchas veces se ha aludido a aquella unidad que caracterizaba a los seguidores de Jesús como prueba de su presencia a lo largo de la historia.

El testimonio que Jesús nos pide que demos es tan necesario en el mundo de hoy como lo ha sido en los siglos pasados. Ahora también, a través de nuestra vida en común como hermanos, tenemos una oportunidad única de ofrecer un signo de esperanza al mundo en su sentido más amplio. En muchas partes de ese mundo, el deseo básico de compartir y vivir en confianza y cooperación mutua que tiene la mayoría de los humanos se ve frustrado en el acontecer de cada día. El resultado de ello es la alienación y la soledad. Como religiosos que nos hemos comprometido públicamente a testimoniar y proclamar la *Buena Noticia* de Jesús, podemos demostrar, mediante nuestra vida comunitaria, que el mundo puede y debe ser de otra manera.⁶⁰

El *Mensaje* del 20° Capítulo General nos recuerda que estamos llamados a construir comunidades en las que el crecimiento de cada uno sea una preocupación de todos, en las que se transparente la confianza, las sanas relaciones interpersonales y el espíritu de familia. En las comunidades se ayuda a los jóvenes a madurar, y los mayores reciben el respeto y el afecto de sus hermanos. El perdón se da con prontitud: las heridas cicatrizan. El visitante percibe un ambiente de acogida.⁶¹

Estas comunidades son escuelas de fe para nosotros mismos, para los jóvenes, para todos los que tienen hambre de Dios. Son comunidades con sentido de misión, abiertas al servicio del mundo de hoy.⁶²

Con estas palabras llegamos al final de la circular. Cuando reflexionemos en torno a la vida comunitaria



marista de hoy, procuremos que no nos distraigan ciertas fijaciones rápidas que pueden desviarnos de la cuestión; tenemos que centrarnos en lo más importante. Algunos, por ejemplo, están persuadidos de que el número de hermanos que componen una comunidad es un ingrediente fundamental para el análisis. Las comunidades pequeñas, insisten, son mucho mejores que las grandes, que están organizadas más institucionalmente. Otros, por supuesto, sostienen precisamente lo contrario.

Pero en una comunidad el número no es lo más determinante. Lo que importa más bien son cosas como el espíritu de generosidad, la apertura a los otros, la pasión por el Señor, la inclinación a pensar bien de los demás, el celo en la misión, la sencillez de vida: éstas y otras cualidades semejantes son las que ayudan a hacer de una comunidad marista lo que debe ser:

La comunidad es una gracia del Espíritu Santo.
Reunidos sin habernos escogido unos a otros,
nos aceptamos mutuamente
como don del Señor.

Por nuestro esfuerzo de reconciliación y de comunión,
renovado sin cesar,
llegamos a ser signo de unidad
para quienes nos ven.

Pero comprobamos también
el desfase de esta gracia,
siempre ofrecida,
y nuestra vida consagrada.
Por eso oramos para permanecer unidos,
a pesar de las dificultades,
en nombre del Señor Jesús.⁶³

Creo que ya lo hemos dicho todo, pero dejadme que insista en esto: el interés por los hermanos, la aceptación y el respeto hacia ellos, la preocupación por su

bienestar son los ingredientes necesarios para una vida comunitaria sana entre los Pequeños Hermanos de Marcelino, una vida comunitaria que nos lleva a la misión. No estará de más recordar que estas cualidades trascienden a la edad, la cultura, el temperamento y otros elementos que pueden afectar a la vida en común.

Desde los primeros días de nuestro Instituto hemos tenido maravillosos compañeros con los que hemos hecho el viaje de la vida marista. Empezando por los primeros hermanos, Francisco, Juan Bautista, Luis María, Silvestre, Lorenzo, Hipólito, y tantos otros; siguiendo luego hasta nuestro tiempo, tenemos numerosos ejemplos de hombres buenos que han vivido nuestra vida en plenitud, con pasión, celo y convicciones. Eran hombres que sólo aspiraban a cumplir el deseo de Dios; hombres para quienes la oración y la Eucaristía, la devoción a María y la vida en común eran valores irrenunciables. Al igual que ellos, eso es lo que tenemos que ser nosotros hoy: compañeros maravillosos para una nueva generación de hermanos; hombres apasionados por la misión de dar a conocer a Jesucristo y hacerlo amar entre los niños y jóvenes desfavorecidos.

Y ya para terminar, permitidme que os exprese mi agradecimiento por todo lo que hacéis para construir la vida comunitaria entre nosotros. Sabed que tanto yo como los miembros del Consejo General os recordamos con frecuencia en nuestros pensamientos y oraciones. Es un privilegio teneros como hermanos. Que Dios os llene de bendiciones y os proteja, que os mantenga en su heredad, y que María y Marcelino sean para todos constantes compañeros y manantial de fortaleza.

Con afecto



Hermano Seán D. Sammon, FMS
Superior General



Compañeros maravillosos
Hermano Seán D. Sammon, SG

NOTAS FINALES

- 1 Catherine de Vinck, *Tiempo de recoger: Poemas selectos* (Allendale, NJ: Alleluia Press, 1974) p. 58.
- 2 Ver *Vida fraterna en comunidad* (Roma: Congregación de Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, 1994) no. 59, http://www.vatican.va/roman_curia/ccsclife.
- 3 *Vida fraterna en comunidad* 9.
- 4 Mary Daniel Turner, SND de Namur, “La inseparabilidad de la comunidad y la misión” en *Informe del diálogo interdisciplinario sobre Comunidad* (Chicago, IL: Centro de Estudios de Vida Religiosa, 2002) p. 50.
- 5 “Testamento espiritual de José Benito Marcelino Champagnat” en *Constituciones y Estatutos* (Zaragoza, Editorial Luis Vives, 1987) p. 158.
- 6 John Malich, FMS, *Comunidad: viva o estancada* (Canfield, OH: Alba House Cassettes, 1997).
- 7 Ver O. Henry, *El regalo de los magos*, <http://www.night.net/christmas/Gift-Magi.html>.
- 8 Comunicación personal, Hno. Michael Flanigan, FMS, 31 de diciembre de 2004.
- 9 “Testamento espiritual de José Benito Marcelino Champagnat,” p. 158.
- 10 *Const* 47, *Vida fraterna en comunidad* 11.
- 11 *Const* 47, *Vida fraterna en comunidad* 10.
- 12 *Const* 47, *Vida fraterna en comunidad* 11.
- 13 *Const* 48.
- 14 Salmo 127.
- 15 *Vida fraterna en comunidad* 10.
- 16 *Const* 32.
- 17 *Const* 41, 43.
- 18 *Const* 24.
- 19 *Const* 82.
- 20 *Const* 23.
- 21 *Const* 53.
- 22 Gary Riebe-Estrella, SVD, “El terreno de la comunidad: ¿Cristología o Teología?” en *Informe del diálogo interdisciplinario sobre Comunidad* (Chicago, IL: Centro de Estudios de Vida Religiosa, 2002) pp. 41-47.
- 23 Mary Daniel Turner, SND de Namur, “La inseparabilidad de la comunidad y la misión” pp. 48-60.
- 24 “Testamento espiritual de José Benito Marcelino Champagnat,” p. 158.
- 25 *Vida fraterna en comunidad* 37; también *Optamos por la Vida* en *Actas del 20º Capítulo General* (Roma, Italia: Casa General, 2002), 18.

- 26 Citado en Tom Fox, *Pentecostés en Asia: Una nueva forma de ser Iglesia* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 2002) p. 15.
- 27 Fox, *Pentecostés en Asia*, p. xiv.
- 28 *Const* 11.
- 29 Job 1:21.
- 30 *Optamos por la vida* 24.
- 31 *Vida fraterna en comunidad* 38.
- 32 Ver Patricia Wittberg, *Ascenso y caída de las órdenes religiosas católicas: Perspectiva de un movimiento social* (Albany, NY: State University of New York Press, 1994).
- 33 Ver Dietrich Bonhoeffer, *El coste del discipulado* (Nashville, TN: Broadman & Holman Publishers, 1999).
- 34 Marcos 8: 34-38.
- 35 *Const* 82.
- 36 *Cartas de Marcelino J.B. Champagnat* (Roma: Casa General de los Hermanos Maristas piazzale Champagnat, 2, 1991) p. 248.
- 37 Hermano Juan Baustista, *Vida de José-Benito-Marcelino Champagnat (Edition del Bicentenario)* (Roma, Casa General de los Hermanos Maristas, 1989) p. 439.
- 38 *Const* 52.
- 39 *Vida fraterna en comunidad* 31.
- 40 *Const* 34.
- 41 *Const* 61.
- 42 *Const* 32.
- 43 *Vida fraterna en comunidad* 44.
- 44 *Optamos por la vida* 25. *Vida fraterna en comunidad* 44.
- 45 Maurice Berquet, FMS, “Uso de los bienes materiales: un plan de discernimiento” in *FMS Mensaje*, 43(33), pp. 42-45; también Benito Arbués, FMS, *A propósito de nuestros bienes* 30(4), 31 de octubre de 2000 (Roma: Casa General, 2000).
- 46 Ver Seán D. Sammon, FMS, *La vida religiosa en América* (Staten Island, NY: Alba House, 2002).
- 47 *Const* 43, 63.
- 48 *Const* 69.
- 49 Ver Andre Dubus, *Vasijas rotas* (Boston, MA: David R. Godine, Pub., 1991).
- 50 Evelyn Eaton Whitehead y James D. Whitehead, *Tiempos de fortaleza: nueva visión de la maduración cristiana* (Garden City, NY: Doubleday, 1984) pp. 124-125.
- 51 John Johnston, *Mirad al futuro: construid hoy comunidades que sean innovadoras, creativas y santas* (Roma: Tipografía S.G.S., 1998) p. 63.
- 52 *Const* 51.
- 53 Whitehead, *Tiempos de fortaleza*, pp. 117-127.

- 54 Ibid.
- 55 Ver Ronald Rolheiser, *El corazón inquieto* (New York, NY Doubleday, 2004).
- 56 *Const* 49.
- 57 Mary Daniel Turner, SND de Namur, “La inseparabilidad de la comunidad y la misión,” p. 51.
- 58 Ibid. p. 51.
- 59 Ibid., pp. 48-60.
- 60 *Optamos por la vida* 22.
- 61 *Optamos por la vida* 24.
- 62 *Optamos por la vida* 25.
- 63 *Const* 63.

RECONOCIMIENTO

Quiero dar las gracias a los miembros del Consejo General, al Hno. Donnell Neary, FMS, a otros hermanos del Instituto, y a varios amigos y colegas que leyeron los primeros borradores de esta circular y me brindaron valiosas sugerencias. Les estoy verdaderamente agradecido. Doy también las gracias a la Hna. Marie Kraus, SDN de Namur y al Hno. Gerard Brereton, FMS, que editaron el texto en inglés, y a los que lo tradujeron al francés (Hno. Joannès Fontanay, FMS), al portugués (Ricardo Tescarolo y Hno. Salvador Durante, FMS) y al castellano (Hno. Carlos Martín Hinojar, FMS).

